

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

de

EL GRAN TRAIDOR

Lou Carrigan



Víctor Reilley lanzó un suspiro de alivio cuando vio acercarse la lancha procedente de Tampa. Hacía un calor espantoso, y la perspectiva del relevo resultaba agradable incluso para un muy cumplidor agente del FBI.

Estaba sentado en una roca, en la playa. Desde allí veía perfectamente no sólo el mar azul y verde, sino el *bungalow* donde estaba trabajando desde hacía casi un mes Francis de Brabander, en la construcción de su revolucionario proyecto.

Algo serio.

Muy serio.



Lou Carrigan

El gran traidor

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1456

ePub r1.0

Titivillus 29-11-2019

Título original: *El gran traidor*
Lou Carrigan, 1965

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Víctor Reilley lanzó un suspiro de alivio cuando vio acercarse la lancha procedente de Tampa. Hacía un calor espantoso, y la perspectiva del relevo resultaba agradable incluso para un muy cumplidor agente del FBI.

Estaba sentado en una roca, en la playa. Desde allí veía perfectamente no sólo el mar azul y verde, sino el *bungalow* donde estaba trabajando desde hacía casi un mes Francis de Brabander, en la construcción de su revolucionario proyecto.

Algo serio.

Muy serio.

Pero bueno, allá llegaba la lancha de tío Joe, y eso era muy agradable. Seguro que Jason Lanham llegaba en aquella lancha. Jason era un tipo estupendo, hasta el punto de que, cuando las misiones estaban centradas en algún lugar con playa, trabajaba más que nadie. Le encantaba tanto la costa, cualquiera que fuese, que no perdía la ocasión de disfrutar de ella. Realmente, el turno de Jason no empezaba hasta tres horas más tarde, pero, además de gustarle la playa, a Jason le encantaba aliviar la tarea de sus compañeros, y por eso se presentaba casi siempre antes de la hora de su turno.

Un gran muchacho.

Y además, mientras pudiese disponer de una lancha, jamás utilizaba un coche. El mar era el *hobby* de Jason Lanham.

Víctor alzó los prismáticos y los enfocó hacia la lancha. Cierto: llegaba Jason Lanham, en la lancha de tío Joe, y la despampanante Polly, sobrina de Joe.

Sólo tres personas viajaban en la lancha: Lanham, tío Joe y Polly. A los tres pudo ver Víctor con toda claridad y perfección.

Tío Joe era un hombre de mediana estatura, algo rechoncho, pero de aspecto fuerte y sano. Debía tener unos cincuenta años. Sus ojos eran azules, grandes, limpios, y tenía el cutis muy tostado por el sol. Polly quizá tendría veintidós o veintitrés años, era rubia, de ojos oscuros y cuerpo increíble; su piel tenía un tono dorado que asombraba; siempre llevaba sueltos los cabellos, y siempre se veían

flotando al aire, por detrás de la dulce sonrisa de sus bonitos labios frescos, que debían tener un gusto maravilloso a yodo y a sal. Tío Joe vestía pantalón blanco y camisa del mismo color, y llevaba unas zapatillas azules y blancas, sin cordones. Polly llevaba siempre unos *shorts* azules, color cielo de verano, y una blusita de lo más ligero, color rojo pálido; siempre andaba descalza.

Víctor pensó que sería estupendo encontrarse a Polly en la playa un día, sobre todo, si la muchacha usase aquella nueva modalidad del «mono bikini», o sea, el traje de baño de una sola prenda...

Pero eso no sucedería jamás. Y, por si pudiese ocurrir, Víctor recordó que estaba casado.

Miró a Jason Lanham, que iba en la proa de la lancha, de pie, como desafiando las más lógicas leyes del equilibrio, del viento y del balanceo. Cualquiera día, Jason se daría el gran baño, y hasta podía llevarse el gran susto cuando la hélice de la lancha le peinase bajo el agua...

Jason medía seis pies y dos pulgadas. Sus cabellos eran de un rubio ceniciento, lacios; y sus ojos tenían el mismo color del mar. Tanto daba que el mar estuviese mostrando su tono azul, o verde, o morado, o el marrón sucio de las mareas y resacas: Jason siempre tenía los ojos del color del mar, y Víctor no cesaba de asombrarse de ello. Lo demás ya no le asombraba tanto: los hombros muy anchos, la cintura atlética, la potencia muscular, la inteligente mirada de aquellos sorprendentes ojos... Nada de aquello le asombraba, ya que Víctor era también un coloso con inteligencia.

Quería a Jason. Pero, sobre todo, lo admiraba. O quizá esté mejor decir que lo admiraba, pero, sobre todo, lo quería. No sabía muy bien qué cosa estaba en primer lugar, pero tanto daba.

Dejó fijos en Jason los círculos pegados de los prismáticos... Allá lo tenía: alto, impávido, con su elegancia habitual incluso llevando solamente unos pantalones blancos y una camisa azul de un tono desvaído... Estaba muy bronceado.

Casi se sorprendió cuando vio a Jason alzar una mano y sonreír, con la vista fija en él, pese a la distancia. Era como si le estuviese mirando a los ojos a través de los cristales de los prismáticos.

Víctor bajó los prismáticos, devolvió el saludo agitando una mano, y saltó desde la roca a la arena, descalzo. Fue hacia donde había dejado su chaqueta, la pistola y los zapatos. Se colocó la funda,

abrochando los atalajes, y luego se puso la chaqueta. Después se arrolló los pantalones, y se acercó a la orilla del mar.

La lancha llegaba con su ya conocido «pat-pat-pat-pat» de motor frenando. No había embarcadero allí, de modo que para saltar a la playa desde la lancha, o viceversa, había que pasar por el agua, sin más remedio, ya que su calado no le permitía llegar hasta la arena seca.

Para cuando la lancha llegó a su lugar de varada, Jason ya se había quitado los pantalones, y aparecía solamente en *slip* y camisa. Tenía ya en la mano izquierda su famosa cesta... La lámpara de Aladino, como la llamaba Victor desde hacía aproximadamente un mes, porque de aquella cesta de pesca podía salir cualquier cosa en cualquier momento.

—Hola —saludó Victor.

Jason sonrió burlonamente.

—¿Qué tal, Robinson Crusoe? Aquí te llega el relevo.

—Con tres horas de anticipación, Jason.

—Me aburro en Tampa.

Victor suspiró.

—Te envidio.

Jason Lanham saltó al agua, y vadeó hasta llegar junto a su compañero en aquella misión para el FBI... Dejó la cesta en la arena, echó la cabeza hacia atrás, y aspiró profundamente, a todas luces satisfecho.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Nada.

—Mejor.

Victor encogió malhumoradamente un hombro.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo aquí, Jason.

Éste lo miró burlonamente, como antes.

—Lo estarás perdiendo tú, no yo. Esto... Felice te está esperando en el Happy Home para almorzar.

—Pero... Yo no le dije...

—Me pareció que te gustaría almorzar con ella, Vic.

—Oh, me encanta... Es curioso, ¿no?

—¿El qué?

—Hace cuatro años que nos casamos Felice y yo. Y todavía me encanta estar con ella, y salir por ahí juntos...

—No creo que sea demasiado curioso. No pierdas tiempo: ella está muy impaciente.

—Eres un amigo único, Jason... ¿Has dicho en el Happy Home?

—Sí. ¿De veras no hay novedad?

—De veras. Ese pobre hombre, De Brabander, ni siquiera debe enterarse de que está en el mundo de los vivos, ni de que dos agentes especiales del FBI le espían.

—Querrás decir que le protegen.

—Bueno, las dos cosas son muy parecidas, ¿no? De todos modos, no es a él precisamente a quien protegemos, sino a su trabajo.

—Un hombre es lo que su trabajo demuestra. Por lo tanto, nosotros estamos protegiendo a De Brabander.

—No me vengas con filosofías. ¿Quieres algo para Tampa?

—Ni hablar.

—Pues buena pesca. Y hasta la noche.

—Hasta la noche. No es necesario que te des prisa, Vic.

—Eres un tipo raro. Pero yo estoy encantado con ello, Jason... De acuerdo: no me daré ninguna prisa. ¿Pasaste el último informe al jefe?

—Claro. Oye, ¿es que no funciona la radio?

—Funciona. —Victor señaló hacia unas rocas, bajo las cuales estaba camuflada la emisora-receptora para aquel servicio—. Ha sido una manera de preguntar si estuviste en la Delegación y si ha ocurrido algo en las últimas dos horas.

—Nada nuevo. Demonios, lárgate ya...

—Bueno.

Iba a meterse en el agua, para vadear hasta la lancha, cuando Polly llegaba a la arena, junto a ellos. Era una muñeca esbeltísima, deliciosa, de fina cintura, suaves caderas y busto delicado, sin una pizca de exageración, pero agudo, erguido.

—¿Le... le venimos a buscar, señor Lanham?

Jason ni siquiera la miró.

—No. Tendré que volver en el coche que utilice mi amigo.

—Pero si él viniese en la lancha...

Jason miró a Victor.

—¿Vendrás esta noche en la lancha, Vic?

—No, si Dios lo permite. Caramba, prefiero el coche...

—Ya lo ha oído —dijo Jason.

Se acercó a donde su compañero había dejado los prismáticos, y los enfocó hacia la casa. Polly se llegó hasta él, indecisa.

—No... no le cobraríamos nada, señor Lanham.

El agente del FBI bajó los prismáticos y miró con cierta perplejidad a la muchacha.

—No soy de las personas a las que les preocupa el dinero, Polly. Tengo demasiado.

—Oh, entonces...

—Sólo se trata de que yo haré lo que tenga que hacer. Y si mi amigo viene en coche, yo regresaré en coche. Si yo vengo en lancha, Victor regresa en lancha. Si él viene en coche, yo regreso en coche. Hay que corresponder. Eso es todo.

Y Jason se dedicó de nuevo a mirar con los prismáticos hacia el *bungalow*. Cosa ciertamente innecesaria, ya que éste sólo estaba a unas ciento cincuenta yardas de la playa, y sólo algunas palmeras salpicaban el arenoso terreno, insuficientes para impedir una perfecta visión... A menos que con los prismáticos se pretendiese echar un vistazo por las ventanas del *bungalow*, cosa difícil teniendo en cuenta que todas las persianas, graduables y de color amarillo, estaban en posición de oscuridad.

—Se... señor Lanham...

Jason miró a la linda muchacha con cierta impaciencia.

—¿Sí?

—Eeee... Bueno, yo... Yo podría venirlo a buscar si...

—No es necesario.

Polly se quedó sobre uno solo de sus diminutos pies.

—¿Quiere... quiere que le ponga el cebo a sus anzuelos?

—Sé hacerlo yo solo.

—Sí, claro... Yo podría... ¿Quiere que le traiga luego algún bocadillo, o...?

—Vengo preparado. Además, sólo como una vez al día... y ya lo he hecho.

—¡Oh! Pero una vez al día es muy poco... Usted pasará hambre.

Jason suspiró, y volvió a bajar los prismáticos. Miró hoscamente a Polly.

—Lo del hambre es cuenta mía, ¿no?

Víctor Reilley miraba humorísticamente a la muchacha. Hacía más de tres semanas que ella y su tío llevaban a Jason casi cada día a

aquella parte de la costa, al sudoeste de Tampa, entre Gardenville y Gulf City, cerca del Little Manatee River. El *bungalow* estaba a ciento cincuenta yardas del mar, y como a tres millas de la carretera que llevaba allí desde Tampa, pasando por Oak Park y Gardenville, en dirección a Bradenton cruzando el Little Manatee. Desde la carretera, un camino vecinal llevaba al *bungalow*, pasando relativamente cerca de algunos *swamps*[1] de poca importancia.

Y en esas tres semanas largas, Polly había tenido tiempo más que suficiente para convertir a Jason Lanham en el hombre de sus suspiros..., suponiendo que no hubiese suspirado por él la primera vez que lo vio, lo cual no tendría extrañado a Víctor en absoluto.

La muchacha se había mordido los deliciosos labios ante la respuesta, no poco abrupta, de Jason.

—Yo... yo... Si usted necesitase algo...

Lanham frunció el ceño, pero, como formidable y simpático contraste, sonrió también.

—*Okay*, Polly: si necesito algo, la avisaré.

—Oh, pero usted no podría... hacerlo.

—¿Por qué no?

—No sabría adonde... avisarme.

—¿No? Veamos: Joseph Adam y Polly Adams. Joseph es hermano de su padre, tiene cincuenta y dos años, es viudo, sin hijos, y se dedica al transporte de pasajeros entre Tampa, Saint Petersburg, Sarasota y localidades intermedias. No es ambicioso. Polly Adams, huérfana de padre a los cuatro años, de madre a los seis. Vive desde entonces con su tío Joseph, ayudándole en su trabajo con la lancha. Viven en el 2022 de Riverside Sea, porque se ganan estupendamente la vida: tienen un coche, un bonito apartamento con comodidades, y alrededor de treinta mil dólares en el Tampa National Bank. Teléfono, Tampa 6077. Conocen perfectamente estas costas de Florida, y desde hace más de dos años conocen a Francis de Brabander y a su hija Evangeline, a los cuales suministran de lo necesario por mar, y por los cuales son muy apreciados, hasta el punto de que sus servicios no se interrumpen ocurra lo que ocurra, motivo por el cual yo puedo venir aquí en lancha, aprovechando esos viajes diarios de su lancha. Viajes que realizan de vacío en cuanto a pasajeros se refiere, desde hace veintisiete días, siguiendo instrucciones del propio Francis de Brabander... De vacío,

exceptuando a Victor, a mí y a algunos hombres que en pocas ocasiones nos acompañan. ¿Correcto, señorita Adams?

Polly estaba todavía con la boca abierta, incapaz de hablar, cuando Victor la cogió amablemente de un brazo y tiró de ella hacia el agua.

—Tengo un poco de prisa, Polly —sonrió—: mi esposa me está esperando para almorzar juntos.

—Oh... Sí, señor...

Se metieron en el agua, y Victor ayudó a la muchacha a subir a bordo de la lancha, dándole una simpática palmadita en los *shorts*.

Joe Adams, que miraba con evidente agrado a Jason Lanham, tiró un paquete a la arena.

—Tabaco y periódicos, señor Lanham: para el señor De Brabander.

—Está bien, Joe. Hasta la vista.

Adams fue al volante de la embarcación. Victor saludó a Jason al estilo militar, mirando de reojo a Polly, que no apartaba la vista del *g-man*.

Éste esperó a que la lancha se alejase. Entonces se echó al hombro la cesta pesquera, por la correa, y recogió el paquete de la arena. Seguidamente, se dirigió hacia la casa, abriendo el paquete y palpando los paquetes de cigarrillos y hojeando los periódicos. Realmente, Francis de Brabander no tenía mucho tiempo para leer...

CAPÍTULO II

El taller de Francis de Brabander era la única habitación aislada de todo el *bungalow*. Estaba en el centro, y no tenía ni una sola ventana; sólo un respiradero; en el doble techo que también la aislaba del techo del *bungalow*.

Jason Lanham llamó a la puerta, y, como otras veces, se dispuso a esperar pacientemente a que De Brabander «se diese cuenta» de que estaban llamando.

Pero en esta ocasión no ocurrió así. La puerta se abrió inmediatamente, y ante Lanham apareció un Francis de Brabander casi excitado, brillantes los ojos, risueño.

—Hola —saludó Lanham.

—¿Qué tal, Lanham? ¿Quiere pasar?

—¿Ahí dentro? —musitó Jason.

—Oh, sí, puede pasar... ya.

El agente del FBI entró en el taller. No era muy grande, y se veía bastante abarrotado de toda clase de instrumentos auxiliares eléctricos. Sobre la mesa del fondo, estrecha y alargada todo cuanto permitía el taller, se veía algo que podía ser el andamiaje de una esfera de dos pies de diámetro.

Lanham la señaló.

—¿Lo ha terminado?

—Podemos decir que sí, aunque faltan unas cuantas comprobaciones. Cinco o seis horas más, y podré leer estos periódicos que me trae. ¿Abrió el paquete, como siempre?

—Sí, señor. Usted sabe que tengo órdenes en ese sentido...

—¡Oh, sí! —rió De Brabander, arrancando la tira de un paquete de cigarrillos—. Sé que tiene órdenes de proteger mis estudios y mi vida con la suya propia, Lanham... Eso le debe parecer un poco tonto, ¿no es cierto?

—No, señor. Jamás he considerado tonta ninguna orden recibida del Servicio. Si me ordenan eso debe ser porque se supone que su vida es más importante que la mía.

—¿También usted lo cree así?

Jason Lanham apartó la mirada de la esfera, y sonrió.

—Pues no lo sé... Depende de lo que sea eso que usted ha estado construyendo durante casi un mes.

—¿Es que no lo sabe?

—Por supuesto que no. Ni lo sabe Víctor... Me refiero a Reilley.

—Ya sé, ya sé... Bien, me gustaría poder decírselo, Lanham, pero estoy seguro de que comprenderá mi silencio... ¿Un cigarrillo?

—Gracias —lo tomó—. Y no se preocupe por mí. Soy de los que admiran a los que saben tener la boca cerrada cuando es necesario. ¿Puedo ayudarle en algo, o hacerle algún recado o trabajo que no me aleje de la casa?

—No, no...

Lanham había ofrecido la llama de su encendedor a De Brabander y había encendido también él su cigarrillo. Guardando el encendedor en la cesta qué aún colgaba de su hombro, se acercó a un extremo de aquella mesa alargada y estrecha. Había allí un montón de papeles con rayas, letras y números. Para quien entendiese lo bastante, aquello eran diseños de un aparato.

—¿Éstos son los planos? —preguntó.

—Así es.

—¿Están terminados?

—Lo estarán dentro de cinco o seis horas, igual que lo otro.

Lo otro era el esqueleto o andamiaje de la esfera de dos pies de diámetro.

—Muy bien —dijo Jason—: procuraré que nadie le moleste...

—No se preocupe tanto —sonrió De Brabander—: la puerta es dura y gruesa. Y además, yo sé hacerme el sordo cuando conviene... ¿Cómo va la pesca?

—Se lo diré más tarde —sonrió también Lanham—. Pero de un modo u otro, esté seguro que hoy también tendrá su pescado fresco, señor De Brabander.

—Es usted un muchacho simpático, Lanham.

Jason agradeció el cumplido ensanchando su, realmente, simpática sonrisa. A él también le caía simpático De Brabander. Éste era un hombre más bien menudo, pero lleno de nervios; parecía duro como una tira de cuero. Su frente era amplia, su mentón firme, y sus ojos claros miraban como si pudiese adivinarlo todo. Tenía ya muchas canas, y quizá por eso mismo parecía tan agradable.

—Usted también es un tipo simpático —replicó el

g-man

. Señaló un botón situado cerca de la puerta—. Si quiere algo, o surge algún contratiempo, no dude en utilizar la alarma. Vale más reír por una falsa alarma, que llorar por no haberla utilizado.

—De acuerdo —se burló amablemente De Brabander—, protegeré mi vida y mi secreto con ese timbre... ¿Qué hace?

Lanham había sacado la pistola de la cesta, fruncido el ceño, ladeada la cabeza...

—Se acerca un coche.

—Oh, bueno, debe ser mi hija, Lanham.

—Supongo que así es, pero...

—Comprendo su actitud. Veamos si es Evangeline.

Salieron los dos del taller, Lanham por delante, tras accionar el montante de la «Luger». Se acercaron a una de las ventanas que daban al camino, y el

g-man

tiró del cordoncillo de las persianas graduables. Un coche quedó claramente visible a través de las secciones de la persiana, llegando ya al *bungalow*. Lo conducía una muchacha.

—Ahí la tiene —casi rió De Brabander—. Pero casi he jugado sucio con usted, Lanham: conozco el motor de ese descapotable.

—Yo también lo conozco, señor De Brabander... Pero ocurre que aunque usted pueda saber que es el descapotable de su hija, no puede saber, en cambio, que es realmente ella quien llega en el coche.

De Brabander hizo un gesto de impotencia.

—Me ganó, Lanham.

—Lo siento.

—Bueno, ése es su oficio... Guarde ya ese cacharro y salgamos a recibir a Evangeline —el coche había dado ya la vuelta al *bungalow*, en dirección a la parte de éste que daba al mar, donde estaba el garaje—. Le he visto la cara, y juraría que ella tiene algo desagradable que decirnos.

—Esperemos que no sea nada grave.

—Grave no: sólo desagradable, ya verá.

Recorrieron el *bungalow* hacia la otra parte. Cuando salieron al porche, Evangeline de Brabander había saltado ya del descapotable,

sin abrir la portezuela, y caminaba hacia ellos.

Vestía pantalones pirata, blancos, y una blusa anudada a la cintura, de topitos con los colores del arco iris. Llevaba un pañuelo con los mismos topitos de colores recogiendo sus rojos cabellos. Era muy blanca de piel, esbeltísima, de cintura increíblemente breve y busto bien proporcionado. Tenía los ojos verdes, y la boca llena y alargada, un poco infantil.

Pero la infantil boca estaba plegada en una mueca de ira, y los ojos brillaban furiosos cuando la muchacha se detuvo delante de los dos hombres.

—Buenos días, hija... ¿Dónde estuviste? —sonrió De Brabander.

Evangeline colocó sus puñitos en la cintura, sin abandonar su expresión furiosa, que, sin duda, iba destinada al

g-man

, puesto que lo miraba a él.

—Jason —espetó con voz aguda—: es usted el hombre más indeseablemente antipático que he conocido en mi vida.

Lanham miró de reojo a Francis de Brabander, carraspeó, y se rascó el lóbulo de una oreja.

—Bueno... No sé...

Evangeline miró a su padre, sonrió, y le besó en una mejilla.

—Buenos días, papá. ¿Sabes lo que me ha hecho tu guardaespaldas?

—Hija..., el señor Lanham es un agente del FBI. No creo que resulte muy apropiado llamarle guardaespaldas.

—¡Es «tú» guardaespaldas!

—Bien, bien. ¿Qué te ha hecho mi guardaespaldas?

—¡Me ha dejado sola en Tampa!

—Oh...

—Le llamé cuando llegué allá...

—¿Le llamaste?

—Claro. A su apartamento... Sé dónde vive, me he enterado...

—Eso no es ninguna proeza —sonrió Lanham—. Una vez se sabe mi nombre, con el listín se puede...

—¡Usted se calla! ¿Sabes lo que me ha hecho, papá?

De Brabander guiñó un ojo a Lanham sin que su hija lo advirtiese.

—Te ha dejado sola en Tampa, ¿no es eso?

—¡Eso es! Le llamé al llegar a Tampa, y le dije que pasaría a recogerlo con el coche para traerlo acá. ¿Adivinas lo que me

contestó?

—Que no te molestases.

—¡Me dijo que estaba de acuerdo! Me dijo que sí, que pasase a recogerlo. Y yo, como una tonta, voy allá, subo a su apartamento, llamo... ¡y él ya se había marchado!

—Caramba —procuró De Brabander contener una sonrisa—. ¿Qué dice usted a esto, Lanham?

—Culpable. Es que... me olvidé.

—¡Se olvidó! —Los ojos de Evangeline chispearon más furiosamente que antes—. ¿Has oído esto, papá?

—Pues sí...

—¡No puede olvidarse de mí como si fuese... como si fuese un... un paraguas...!

—Esto... Yo... Bueno, hija, perdona... Tengo mucho trabajo ahí dentro...

De Brabander dio la vuelta, mirando a Lanham y resoplando de alivio, y se escabulló de la situación, a toda prisa. Lanham lo miró marchar, con nostalgia, pero la voz de la muchacha le obligó a continuar haciendo frente, en solitario, a la situación.

—¿Es que yo soy un paraguas?

—Sí lo es, es muy bonito, Evangeline.

—¿Cómo...?

—Quiero decir que no..., que no lo es, desde luego... Oh, yo tengo... tengo trabajo...

Intentó marcharse, pero Evangeline se cogió de uno de sus brazos.

—Un momento, Jason: ¿por qué no quiso venir conmigo?

—No me gustaría que su novio me rompiera la cara, Evangeline...

Eso es muy fácil de comprender. Y Algie Fitzsimons es uno de los novios más temibles que he conocido.

—¡Algie es mucho más simpático que usted!

—Ciertamente... Y demasiado fuerte y atlético como para que nadie se atreva a meterse con su novia.

—¡Pero usted debe saber pelear mejor que él!

—Oiga: ¿es que quiere que su novio y yo nos peleemos?

—¡Ojalá Algie le... le rompiera la cara!

Jason Lanham, sonrió.

—Bueno, vaya a decirle que usted me llamó para estar conmigo, y que yo rehusé... Ya veremos a quién le rompe la cara el simpático

Algie.

—¡Grosero!

—Oh, vamos, cálmese. —Jason se desprendió del brazo las manos de la muchacha, y le dio unas palmaditas en una mejilla—. Seamos buenos amigos, Evangeline. ¿Sí?

Evangeline parpadeó. Cerró los ojos y adelantó los labios en un circulito sonrosado y húmedo.

—Sí...

Jason le dio otra palmadita.

—Así me gusta —ella abrió los ojos, decepcionada, pero aún tardó en poner los labios de modo normal—. Y ahora, cada uno a lo suyo: a trabajar. Hasta luego.

Dio la vuelta y se encaminó hacia la playa. Evangeline dio una patadita en el suelo.

—¡Tonto!

Jason pareció no oírla.

Un minuto después, llegaba a la playa. Fue hacia las rocas elegidas como observatorio y asiento de pesca, y dejó la cesta sobre una de ellas. Luego quitó el camuflaje de la radio-emisora y efectuó la llamada.

Le contestaron inmediatamente.

—Soy Jason, señor. Acabo de relevar a Víctor.

—Otra vez anticipado, ¿eh? Muy bien, Jason, nadie va a recriminarte que quieras trabajar más de lo que te corresponde... ¿Cómo va todo?

—Bien. Acabo de hablar con Francis de Brabander. Todo en calma. Melchia Zucker, inspector-jefe de la Delegación del FBI en Tampa, dejó oír uno de sus gruñidos.

—No te confíes, Jason.

—No, señor. ¿Algo nuevo por ahí?

—Nada. Victor está hablando ahora por teléfono con Rom... Espera un momento.

No fue ni siquiera medio minuto.

—Jason.

—¿Señor?

—Victor acaba de llegar a Tampa. Me ha pedido permiso por teléfono para presentarse más tarde. Creo que tú arreglaste algo para un almuerzo con su esposa. Enternecedor.

—Llamaré dentro de dos horas si no hay novedad, señor.

—Correcto. Hasta luego.

Jason volvió a camuflar la radio-emisora. Metió la mano entre dos rocas y sacó una caña de pescar. Luego, silbando, fue hacia la cesta y comenzó a sacar trastos y gusanos de mar. Tres minutos después, en lo alto de las rocas, lanzaba él anzuelo a no menos de quince yardas. Metió la caña entre dos rocas y saltó a la arena. De la cesta tomó un cigarrillo y lo prendió con el mismo encendedor que había utilizado para dar fuego al cigarrillo de De Brabander poco antes, en el *bungalow*. Lo hizo saltar en la palma de la mano, sonriendo, y lo tiró de nuevo a la cesta. Luego subió de nuevo a las rocas, y se dedicó a fisgar atentamente con los prismáticos a todo su alrededor, especialmente hacia el camino que llevaba al *bungalow* desde la carretera.

* * *

Alrededor de las siete, vio llegar aquel coche que ya conocía. También era descapotable, pero más grande que el de Evangeline de Brabander.

—Ahí llega el novio —sonrió, con los prismáticos ante los ojos—. Me pregunto qué puedo tener yo que no tenga él. Claro que los caprichos de las mujeres...

Dejó los prismáticos en el sitio que habían establecido él y Victor; saltó a la arena y se cargó la cesta al hombro. Para todo el mundo, excepto para los Brabander y posiblemente para el asiduo Algie Fitzsimons, él era un pescador empedernido que estaba disfrutando de unas largas vacaciones. Por suerte, Victor no era igualmente aficionado a la pesca, y sólo se llegaba al mar cuando le parecía la hora del relevo, y, desde el porche de la casa, debía ver con los prismáticos la llegada de la lancha. De otro modo, cualquiera que se fijase en la presencia de un pescador en aquel lugar durante tantos días, habría tenido en qué pensar si comprobaba que no era un solo hombre, sino dos, que se iban turnando durante todo el día.

Caminó rápidamente hacia la casa, y llegó cuando ya Algie Fitzsimons se disponía a entrar en el *bungalow* después de haber sido recibido en el porche por Evangeline.

Fitzsimons era casi tan alto como Lanham, y quizá tres o cuatro años más joven, pues no parecía pasar de los veintisiete. Era un muchacho de aspecto simpático e inteligente, mirada viva y sonrisa abierta.

—¿Qué tal, señor Lanham? —saludó jovialmente—. ¿De pesca hoy también?

—También.

—¿Hubo suerte?

—Seguro que sí. —Lanham palmeó la cesta—, pero no le enseñé el botín por si a usted le asustan los tiburones.

Fitzsimons se echó a reír. Evangeline miraba a Jason procurando disimular su enojo.

—El señor Lanham tiene un especial sentido del humor —dijo lentamente—. Tan especial, que yo no lo comprendo.

—Oh, bueno, cada uno es como es —dijo Fitzsimons—. Y si el señor Lanham es un pescador con suerte, no hay que extrañar que de cuando en cuando atrape algún tiburón.

Había un tono de burla sin ofensa en las palabras de Fitzsimons. Lanham comprendía muy bien que el muchacho estuviese escamado ya de tanto verlo por allí, y hasta se le ocurrió que quizá Evangeline le hubiese explicado algo sobre su verdadero cometido en el *bungalow* de los De Brabander.

—Será mejor que nos vayamos ya, Algie. Estoy lista.

—Magnífico... Mmmm... Iré a saludar a tu padre.

—Él ya sabe que ibas a venir para llevarme a cenar, Algie.

—Bueno, si te molesta que lo salude...

—No digas tonterías. Pero no tardes demasiado.

Algie entró en el *bungalow*. Jason Lanham oyó la recia llamada a la puerta del taller, y luego las voces de Algie Fitzsimons y Francis de Brabander.

—¿Es que no se fía de Algie? Acabará por no confiar ni siquiera en mí, que soy la hija de su protegido.

Lanham la miró amablemente.

—Ya le he demostrado que no confío en usted, Evangeline.

—¿Qué quiere decir?

—No vaya a creer que temo que asesine a su padre. Lo que sí temo es que usted tiene el capricho de que su novio se meta conmigo. Y estoy procurando evitarlo.

Evangeline prescindió de la burlona, intrascendente sonrisa de Lanham. Se acercó a él, y de nuevo cerró los ojos y redondeó la boquita sonrosada.

Jason sonrió. Y enseguida, de pronto, se inclinó un poco y besó los labios que se le ofrecían, al mismo tiempo que estrechaba a la muchacha fuertemente contra su pecho. Al principio, Evangeline se quedó inmóvil. Luego intentó desprenderse del abrazo, cosa que era imposible teniendo en cuenta la diferencia muscular entre ella y Jason Lanham. Y sólo cuando el

g-man

quiso, los labios dejaron de estar unidos en el beso.

—¿Le ha gustado?

Evangeline movía la boca como si quisiera decir algo, pero no podía pronunciar una sola palabra. Su rostro había enrojecido. Intentó de nuevo desprenderse del abrazo, pero tampoco lo consiguió.

—Señorita De Brabander —musitó Lanham, sonriente—: sé muy bien que soy un pobretón al lado de su novio. Ni siquiera gano diez mil dólares al año, y creo que él tiene mucho dinero. Pero eso no quiere decir que yo vaya a aceptar sus bromas, sus burlas... No debe menospreciar a quien vive de un trabajo duro, entiéndalo, ni jugar a amores con él para luego reírse. Eso es, seguramente, lo que habría hecho si yo la hubiese besado este mediodía... ¿Por qué no se ríe ahora? A lo mejor, Algie oye su risa deliciosa y sale a que le contemos el chiste.

—¡Suélteme!

—Con cortesía, señorita De Brabander, con cortesía.

—Le digo que me suelte.

—Dígame, ¿me he equivocado en algo?

—No... No se ha equivocado...

—¿Ha comprendido que no debe burlarse de nadie, ni jugar de un modo tan peligroso aunque sea con un simple policía?

—Sí, sí... Lo he comprendido... Suélteme ya...

—Pídame perdón.

—¡No!

Dentro del *bungalow* se oyó abrirse la puerta del taller de Francis de Brabander.

—¿No? —sonrió Lanham.

—¡Perdón!

—Muy bien —se oía la voz de Algie Fitzsimons, despidiéndose—. Y ahora, pídamle por favor que la suelte.

—Se lo ruego, suél... suélteme.

—Muy bien.

Algie Fitzsimons apareció en el porche un segundo después de que Evangeline quedase libre.

—Bueno —dijo el muchacho—, ya nos podemos marchar, Evangeline. Oye, tu padre parece muy contento. Supongo que todo le va muy bien. Me pregunto cómo demonios puede entenderse ahí dentro... Oh, señor Lanham, me ha dicho que no quiere que le moleste nadie más, *absolutamente para nada*, hasta dentro de una hora, que usted ya sabe lo que él quiere decir.

Fitzsimons miraba irónicamente al

g-man

. Éste comprendió que en esa hora, De Brabander iba a terminar su trabajo.

—Está bien.

Algie pasó un brazo por los desnudos hombros de Evangeline, lindísima en su vestido de noche azul.

—Hasta la vista, pues. ¿Vamos, Evangeline?

—Sí... Sí, vamos...

Subieron los dos al descapotable de Fitzsimons. Antes de partir, la muchacha miró a Jason Lanham de un modo tan enigmático, tan extraño, que el

g-man

quedó desconcertado. Una mirada lenta, sostenida, brillante...

—Al diablo —masculló Lanham.

Entró en el *bungalow* y se dirigió a la cocina. Vació el pescado envuelto en el trozo de plástico que contenía la cesta, y sacó la pistola y el encendedor.

Se quedó mirando éste.

—Dentro de una hora tendré que usarlo. Esperemos que funcione bien..., aunque supongo que la cosa no le gustaría a De Brabander... si se enteraba.

Se metió la pistola entre el *slip* y el estómago, y guardó el encendedor en el bolsillo alto de su camisa. Miró el reloj: las siete y media. Dentro de una hora habría anochecido ya.

Se puso a silbar. Recogió el pescado, lo tiró a la pileta y comenzó a

limpiarlo expertamente.

Tenía una hora de tiempo todavía.

CAPÍTULO III

Víctor Reilley detuvo el coche delante del *bungalow*, en la parte que daba frente al mar. Era lo mismo de cada día desde hacía un mes. Y cada día, cuando llegaba, le salía a esperar Jason Lanham, al porche, fumando un cigarrillo.

Aquella noche, no.

Aquella noche no apareció Jason Lanham fumando su cigarrillo y con la mano derecha metida en un bolsillo del pantalón, siempre lista la pistola.

Aquella noche no salió nadie a recibirlo.

—Hey, Jason...

No hubo respuesta. Había luz en el *bungalow*, en la parte del *living*; la veía filtrarse a través de las rendijas de la persiana, cerrada.

El agente del FBI ni siquiera bajó del coche. Lo puso de nuevo en marcha, rodeó el *bungalow* a toda velocidad y emprendió el regreso hacia el camino que llevaba a la carretera, enfiló éste y lo siguió hasta unas doscientas y pico de yardas más allá, cerca de unos *swamps* que se comunicaban con el mar precisamente cerca de las rocas donde los dos

g-men

habían instalado su observatorio marino, donde tenían la emisora. Había un par de sauces y las altas hierbas peligrosas características de los *swamps*. Víctor llevó el coche un poco más allá todavía, a terreno más firme, y lo dejó con la portezuela abierta y las llaves en el contacto, al apearse.

Entonces, regresó hacia el *bungalow*, a pie, silenciosamente, procurando ocultarse. Llevaba la pistola en la mano.

Llegó de nuevo al *bungalow*, pero ya no llamó a nadie. Subió al porche y empujó la puerta. Ésta cedió, y Víctor entró rápidamente, quedando a un lado, siempre a punto la «Luger».

El silencio era completo, total. Ni siquiera afuera, alrededor del *bungalow*, había oído los ya conocidos ruidos nocturnos de las aves y los insectos.

Reilley fue al *living*, pero tampoco allí había nadie, a pesar de estar encendida la luz. Todo estaba en orden, en silencio. Por supuesto, algo estaba ocurriendo: la ausencia de Jason Lanham no podía ser más significativa a este respecto.

El agente especial se pasó la lengua por los labios. Algo había fallado. Algo le había ocurrido a Jason... y a Francis de Brabander, por supuesto también.

Fue hacia la puerta del taller de De Brabander, y también ésta cedió al ser empujada. Dentro no había luz, y Reilley alzó una mano y accionó el interruptor.

Lo vio enseguida.

Estaba tendido en el suelo, junto a la mesa larga y estrecha del fondo, y no hacía falta ser forense para saber que estaba muerto. Se acercó y se arrodilló junto al cadáver.

De Brabander tenía los ojos abiertos, casi fuera de las órbitas; también la lengua quedaba a la vista, hinchada, fuera de la boca. La expresión de De Brabander era angustiosa, aterrorizada... Y en su cuello se veían claramente las huellas de unos dedos fuertes, feroces... No había tenido una muerte muy dulce, no...

Reilley se puso en pie, fue hacia el botón de la alarma y lo apretó. No oyó nada. La habían estropeado. De todos modos, era muy poco probable que De Brabander hubiese tenido la menor oportunidad de pulsar aquel botón. Debía haber sido como un niño inválido en manos de aquel poderoso estrangulador.

Regresó a la mesa del fondo. Había reparado ya en que la esfera de dos pies de diámetro no estaba allí, y tras un minuto de búsqueda se convenció de que no estaba en ninguna parte del taller, pues no era objeto que se pudiera ocultar en cualquier sitio.

Por fin, Víctor Reilley se detuvo otra vez ante la mesa, mirando las cenizas que había sobre la superficie de cristal inastillable de ésta. Formaban un pequeño montón, y era evidente que procedían de papeles quemados. Metió los dedos en la ceniza, sin excesivo cuidado, pues claramente se veía que ni siquiera en los laboratorios de Washington iban a sacar nada en limpio de aquellas cenizas.

Y ni siquiera había quedado intacto el menor trozo de papel, nada, ni una décima cuadrada de pulgada...

—¿No encuentra nada? ¡No se mueva!

Reilley iba a volverse al oír la voz, pero la inmediata orden, tajante,

seca, le hizo comprender que quien hablaba tenía un arma en la mano, así que se quedó inmóvil, con un dedo en las cenizas y la mano que empuñaba la «Luger» sobre la mesa.

La misma voz, dijo:

—Deje caer la pistola al suelo.

Víctor obedeció.

—¿Puedo volverme ahora?

—Todavía no. Apártese hacia su derecha, lejos de la pistola... Y mantenga las manos altas.

De nuevo obedeció. Llegó casi al rincón del taller.

—Vuélvase ahora.

Se volvió.

Había dos hombres ante él. Uno había quedado en la puerta del taller y el otro caminaba hacia la pistola. La recogió y se volvió hacia el de la puerta.

—¿Lo matamos? —preguntó tranquilamente.

—Espera. Veamos qué es lo que él sabe —miró a Víctor—. Ya ha oído: ¿qué sabe usted de esto?

El

g-man

miraba al hombre de la puerta. El otro era más vulgar, de aspecto corriente, aunque algo torvo, ceñudo. El de la puerta era más alto, más elegante, de cabellos rojos y ojos claros, inteligente, y frente despejada. Vestía de blanco, correctamente. No debía tener más de treinta y cinco años, y parecía fuerte y capaz de hacer frente a una pelea. Sostenía la pistola con comodidad, con experiencia evidente.

—¿Sobre qué? —preguntó Reilley.

—Sobre este asunto.

—¿Qué asunto? ¿Quiénes son ustedes?

—Somos nosotros quienes tenemos las pistolas —sonrió el elegante pelirrojo—. De modo que tendrá que ser usted quien conteste preguntas, Reilley.

—¿Sabe mi nombre?

—Desde luego: Víctor Reilley, agente especial del Departamento Federal de Investigación americano... Vamos, un agente del FBI, si lo prefiere así. ¿Qué estaba buscando?

—Dinero.

El pelirrojo sonrió, pero Víctor captó la dureza de su mirada.

—¿Dinero? Bueno, si tanto le interesa el dinero, quizá lleguemos a un acuerdo, Reilley.

—¿Quién es usted?

—Bueno, puede llamarme Hagerty... Le hemos estado vigilando desde que llegó, Reilley. Ahora, uno de mis hombres está en su coche, por si consiguiese escapar de nosotros —sonrió otra vez con dureza—, cosa que dudo. Le hemos dejado suelto, por si nos proporcionaba alguna pista, pero, según parece, usted no está en condiciones de ayudarnos, ya que tampoco ha encontrado nada... A menos que sepa algo que nos pueda ayudar.

—¿Algo? ¿Qué, por ejemplo?

—¿A qué se dedicaba exactamente Francis de Brabander?

—No lo sé.

—Se está jugando la vida, Reilley —sonrió Hagerty.

—Lo supongo. Pero no sé a qué se dedicaba De Brabander. Sé que llevaba aquí cerca de un mes, trabajando en un proyecto. Pero no sé qué proyecto es ése ni qué utilidad iba a reportar a nadie... Mi trabajo consistía únicamente en protegerlo.

—¿Igual que Jason Lanham?

—Sí... ¿Dónde está él?

—No se preocupe por eso. Preocúpese por su vida, Reilley, que es lo importante ahora..., por lo menos para usted.

—¿Han matado a Jason?

—Es posible. ¿Insiste usted en que no sabe nada de los trabajos de Francis de Brabander?

—Sí.

—Vamos a salir de aquí, Reilley.

—¿Para ir...?

—Oh, pues... Bueno, ciertamente, parece que usted no sabe nada de esto, de modo que no vamos a necesitarlo.

—¿Y van a matarme?

—Así es. Salga. Cuidado con él, Gust.

El llamado Gust y Hagerty, se apartaron de la puerta, señalando hacia el hueco con sus pistolas. Victor sentía la boca seca y una desagradable sensación de vacío en el estómago. Mirando a los dos hombres, era fácil comprender que no iban a vacilar ni un instante en matarle. Lo harían con sencillez, con naturalidad, como quien cumple un rutinario trabajo que no puede soslayarse.

—Esperen...

—Pero no demasiado, Reilley —cortó rápidamente Hagerty—. Quiero que entienda una cosa: si no sabe nada de lo que nos interesa, vamos a matarle. Si sabe algo, vendrá con nosotros... y nos lo dirá.

—Esto... Bien, iré con ustedes.

De nuevo sonrió Hagerty.

—Tiene derecho a alargar todo lo posible su vida. A más vida, más oportunidad para conservarla. Pero nosotros vamos a disparar a la menor oportunidad, Reilley. Y lo mismo nos da matarlo aquí y ahora, que en otro lugar, si nos convencemos allí de que no sabe nada que nos interese. Salga ya.

Victor se dirigió hacia la puerta. No hubo fallos en los hombres que le amenazaban. Salieron del taller, recorrieron aquella parte del *bungalow* y llegaron al porche.

Un hombre apareció ante ellos, también con una pistola en la mano. Hagerty preguntó:

—¿Qué hay, Plonk? ¿Lo habéis encontrado?

El otro movió la cabeza negativamente.

—Nada.

—Está bien. Ve a llamar a los otros. Nos vamos ya. Diles que no busquen más y que vayan a donde hemos escondido los coches.

—Sí, señor.

Plonk desapareció en la oscuridad. Parecía bastante desconcertado, indeciso, como si no supiese qué hacer con la pistola que llevaba en la mano.

—¿Son ustedes muchos, Hagerty?

—Algunos.

—¿Qué buscan, concretamente?

Hagerty sonrió una vez más.

—Es usted quien nos lo va a decir, Reilley... ¿Lo ha olvidado?

—Oh, no...

—Camine. Baje del porche y camine hacia la carretera. Despacio y siempre con las manos en alto. Voy a decirle algo: en cuanto usted haga un movimiento que no me guste, le mato. ¿Correcto?

—Correcto.

—Pues en marcha.

Victor echó a andar, obedeciendo las instrucciones de Hagerty. De

no haber sido por un diminuto arco de luna en menguante, la oscuridad habría resultado absoluta. Pero aquella pequeña parte de luna servía para ver, cuando menos, dónde se ponían los pies... Victor Reilley pensó que jamás habría llegado a creer que podría odiar a la luna. Si la oscuridad hubiese sido total...

Sintió el duro contacto en sus riñones y la destemplada voz del tipo llamado Gust.

—Vamos, vamos, camine...

Fue como un relámpago.

Fue como un grito de aviso, como una alarma.

Morir o vivir. Matar o dejarse matar. ¿Adónde iba?

¿Qué podía ocurrir allá? Simplemente, que lo matarían. Y en el lugar al cual se proponían llevarlo no habría tantas posibilidades de escapar, aunque tales posibilidades fuesen relativas. Pero siempre es más fácil la intentona en campo abierto que en un lugar cerrado, donde las paredes pueden limitar la rapidez de quien huye.

Y pensando esto en una fracción de segundo, Victor Reilley se revolvió contra Gust. En aquel momento, supo que las doce semanas pasadas en Quántico tenían una importancia vital para cualquier hombre que quisiera ser un agente del FBI.

No había opción.

No podía haber piedad.

Cuando ni siquiera había comenzado el veloz giro para encararse con Gust, Reilley sabía ya lo que iba a ocurrir.

Y ocurrió.

Los dedos índice y corazón de su mano derecha, rígidos como bastones, se clavaron en los ojos de Gust, mientras su codo izquierdo desviaba la pistola. Oyó el disparo y el grito de angustia de Gust al mismo tiempo que notaba en sus uñas y en las yemas de sus dedos el calor de la sangre de su enemigo. La bala disparada por Gust se clavó en el suelo, mientras el hombre quedaba probablemente ciego para toda su vida, laceradas las cuencas de sus ojos por los duros dedos del

g-man

Gust se olvidó de todo, dedicando sus gritos y su atención a sus ojos, uno de los cuales flotaba fuera de la órbita. Sus aullidos eran espantosos, estremecedores...

Y mientras realizaba este acto brutal, pero inevitable, Victor Reilley vio a Hagerty moviéndose hacia un lado, con pavorosa agilidad, moviendo la pistola, lista para el disparo.

No le dio tiempo.

Unos duros músculos entrenados a diario es la mejor arma que puede poseer un hombre. Y Reilley la poseía. Desde el momento en que decidió pertenecer al FBI había comprendido que su vida continuaría mientras él la mereciese, y jamás se había descuidado.

Y así, simultáneamente al movimiento de Hagerty, él se volvía disparando ya su pierna izquierda hacia el bajo vientre del enemigo. Notó cómo la puntera se hundía en la carne, y oyó el disparo. También esta bala se clavó en el suelo..., mientras la pierna derecha remataba la labor de la izquierda, alcanzando en la boca al doblado Hagerty.

Fue un puntapié perfecto, controlado, de tal potencia, que enderezó a Hagerty, llena de sangre su boca, toda su cara. Un directo en la garganta lo derribó aparatosamente, mientras la pistola saltaba por el aire.

Victor Reilley no se entretuvo en apoderarse de aquella pistola.

No había tiempo.

Oyó detrás de sí otro disparo, y por encima de él restalló la bala que quería matarlo.

—¡Se va a escapar...!

Esto lo oyó más claramente aún que el disparo. Le dispararon más veces, pero ya él corría con todas sus fuerzas hacia donde había dejado el coche. Doscientas yardas no era una distancia que pudiese resultar peligrosa para su *sprint* de vida o muerte. Como un rumor fatal, oía tras él la llegada de varios hombres y algunas balas buscaban su cuerpo. Las balas eran más veloces que él, pero no así los hombres que las disparaban; cosa que no hacían con el acierto que les hubiese convenido.

Cuando estaba a menos de veinte yardas de su coche, vio al hombre que Hagerty le había dicho lo estaba vigilando. Estaba de pie a un lado del vehículo y parecía indeciso... Pero no tanto como para olvidar su pistola. La alzó y disparó contra Reilley una sola vez.

Una sola vez..., porque no pudo disparar más. Reilley lo vio encogerse, soltar la pistola, llevarse las manos al pecho, vacilar... Quedó pegado de cara al coche, con los brazos colgando... Era fácil

comprender que alguna de las balas disparadas por sus amigos le había alcanzado tras fallar el blanco que representaba el agente del FBI.

Victor llegó junto al coche y lanzó un puntapié a las piernas del hombre muerto que yacía pegado a la carrocería. Se desplomó como una masa que jamás hubiese tenido vida.

Abrió la portezuela y su mano derecha se dirigió a los mandos.

—¡Jason! —exclamó.

Lo vio claramente, a la luz del delgado arco de luna.

Jason Lanham estaba más atrás, junto al borde de los *swamps*, a unas treinta yardas. Era inconfundible, con su camisa suelta y sus conocidos *slips*, sus esbeltas piernas, sus anchos hombros. Victor no lo habría reconocido mejor de haberlo visto a sólo dos yardas y a plena luz de un día de terrible sol.

—¡Corre, Jason, ven...!

Pero Jason Lanham no fue hacia allí.

No.

La primera bala que disparó dio en la carrocería del coche que utilizaba Victor Reilley y rebotó con un estridente y vibrátil sonido.

—¡Soy Victor! —chilló Reilley.

Jason Lanham disparó otra vez, y la bala pasó junto a una oreja de Victor Reilley. Y ya no dejó de disparar. Las balas crearon un trepidar ininterrumpido en las planchas metálicas del coche, todas ellas rozando el cuerpo de Reilley, que tardó un par de segundos en comprender que su vida no valía entonces ni siquiera lo que uno de aquellos cartuchos.

¿Se había vuelto loco Jason Lanham?

Loco o no, lo cierto era que sus balas buscaban el cuerpo de su compañero del FBI, cuya parálisis de incredulidad duró ese par de segundos escasos. Reaccionando rápidamente, Reilley se dispuso a meterse en el coche y escapar de allí a toda velocidad. No podía permitirse perder tiempo en explicaciones, habida cuenta del intenso fuego de que le hacían objeto Lanham y los hombres que le perseguían.

Iba a saltar ya al interior del coche cuando una de las balas disparadas por Jason Lanham le alcanzó en el muslo izquierdo. El impacto fue tan potente que Victor fue lanzado contra el coche. Pero, aprovechando ese mismo empujón, se dejó caer en el asiento

y puso en marcha el vehículo.

Cuando se alejaba, varias balas más rebotaron contra la carrocería, y una de ellas entró en el coche tras reventar el cristal zaguero; salió por una de las abiertas ventanillas, demostrando así que el tiro había llegado describiendo una línea diagonal.

Victor Reilley metió el pie derecho con toda furia en el acelerador. Sentía en el muslo izquierdo el abrasador mordisco del plomo disparado por su compañero de servicio, Jason Lanham...

—Maldito cochino traidor...

CAPÍTULO IV

—No puedo creerlo... —musitó el inspector Zucker.

Victor Reilley lo miró casi furiosamente.

—¿Por qué no? —Gruñó.

—Jason Lanham no puede ser un traidor, Victor.

Reilley miró su vendado muslo y aceptó el cigarrillo que le tendía su compañero Rom Sidella.

—No puede creerlo, ¿eh? Bueno, entonces dígame que estoy loco, que el traidor soy yo, o que todo lo he soñado... Pero al mismo tiempo, proporcióneme una explicación convincente de por qué Jason no se ha presentado en la Delegación, o ha llamado, o ha enviado algún recado...

Melchia Zucker, inspector-jefe de la Delegación del FBI en Tampa, Florida, se echó las manos a la espalda y lanzó una maldición intranscribible.

—¡...! Daría el pescuezo por saber qué ha ocurrido realmente, Victor.

—No podemos saber eso con exactitud, jefe. Pero me parto la cara con el tipo que se atreva a preguntarme otra vez si estoy seguro de que fue Jason quien disparó tan furiosamente contra mí.

—Está bien, está bien... De acuerdo: fue Jason. Pero... por todos los santos del cielo: ¿por qué?

—¡No lo sé!

Además de Rom Sidella, estaban los también agentes especiales Vance Gooch, Preston Keyes y Alan Stommel.

Fue Gooch quien contestó:

—Puedes partirte la cara conmigo si quieres, Víctor, pero yo no puedo creer que Jason es un traidor.

Víctor Reilley se quedó mirando fijamente a Vance Gooch.

—De acuerdo, Vance —musitó—. Entonces, el traidor soy yo.

—Oh, espera, Victor. No empecemos a decir tonterías. Yo no voy a decir que tú seas un traidor, pero tampoco puedo creer eso de Jason Lanham.

—Como quieras. Quizá mi vista no es lo bastante buena. Vanee.

—¿Queréis callaros todos? —masculló Melchia Zucker—. Estas estúpidas conversaciones no conducen a nada... ¿Qué tal esa pierna, Victor?

—Supongo que podría estar peor... Oh, sí, debo agradecerle a mi buen amigo Jason que no me metiese la bala en el corazón... porque no pudo, claro.

Melchia Zucker tenía cada vez más fruncido el ceño.

—Tú y tú —señaló a Stommel y Keyes—, ayudad a este charlatán a llegar a mi despacho. Tenemos algo que ver allá. ¡Y no quiero oír una sola palabra hasta entonces! ¿Entendido?

—Sí, señor.

Los dos agentes ayudaron a su compañero Reilley a llegar al despacho del inspector. Éste rodeó la mesa y se sentó. Su ayudante le había ya dejado la Ficha pedida.

Zucker la hojeó, evidentemente malhumorado.

—En cuanto a que Lanham no pudo meterte la bala en el corazón, Victor, es algo que puede dudarse... bastante —dijo, como si la conversación anterior no hubiese sufrido interrupción—. Ésta es la ficha de Jason Lanham. ¿A qué distancia dices que estaba cuando te disparó?

—Unas treinta yardas.

Zucker dedicó su atención a la ficha durante un par de minutos. Keyes y Stommel habían dejado a Victor sentado en uno de los sillones del despacho, y ellos dos y Gooch permanecieron en pie, esperando.

—Aquí dice. —Zucker alzó la vista—. Aquí dice algo que todos sabemos ya: entre sus muchas virtudes que le convierten en uno de los mejores agentes del servicio, Jason Lanham posee la de una puntería de primera especial, tanto en blanco fijo como en blanco móvil. Según parece, a veinticinco yardas obtiene siete corazones con un cargador de nueve disparos. Llevando las cosas a un terreno... a un promedio aceptablemente lógico, de nueve disparos puede acertar tres o cuatro corazones a treinta yardas... ¿Te estabas moviendo tú, Victor, mientras Jason disparaba?

—No, señor.

—¿Y cuántas veces te disparó?

—Calculo que me vació el cargador a toda velocidad.

—¿Todo el cargador?

—Sí, señor.

—¿Y de nueve disparos sólo te acertó uno, y en la pierna? Oh, vamos, esto es absurdo.

—Bueno, yo creo...

—Di lo que sea.

—Bien, opino que no es lo mismo disparar en ejercicios de tiro, con toda tranquilidad, que contra un hombre al cual, realmente, se desea matar.

Melchia Zucker se quedó pensativo.

—Jason ha cumplido diversas misiones, siempre con acierto y lealtad. Ha sido herido dos veces, y ha pasado momentos de verdadero apuro. Su puntuación en la academia y en los servicios que le han sido asignados es muy buena, su hoja inmejorable... Ha estado en Panamá, en Europa, en la Alemania del Este concretamente, en México... No ha tenido un solo fracaso. Asuntos: drogas, contrabando de dólares falsos, actividades subversivas en Panamá... Aparte de pequeños servicios de los llamados rutinarios. Todos ellos, del primero al último, importante o no, los ha cumplido con prontitud y excelentes resultados... Ni más ni menos que vosotros, Victor.

Victor Reilley soltó un gruñido de desconcierto.

—Si acaso —admitió como de mala gana—, ha hecho más que algunos de nosotros, lo sé. Maldita sea, jefe, ¿qué demonios quiere que le diga yo aparte de lo que me ha ocurrido? Si cree que todo esto lo he inventado yo, haga lo que crea oportuno y acabemos.

Melchia Zucker aceptó con una sonrisa indulgente el malhumor del agente especial Reilley.

—No nos alteremos, Victor. Supongamos...

El «intercom» emitió un zumbido. Zucker accionó una palanquita.

—Zucker. Escucho.

—Melchia —dijo una voz—: soy Jones, de Balística.

—Bien... ¿Qué hay de esa bala?

—Es de la «Luger» entregada a Jason Lanham para actos de servicio. Ha sido comprobado.

—¿Sin lugar a dudas?

—Va mi vida en ello.

—Gracias, Jones.

—¿Algo más?

—Nada.

Zucker movió en sentido inverso la palanquita. Reilley le miraba cada vez más hoscamente.

—¿Ha pulsado usted la posibilidad de que no hubiese sido una bala de Jason la que me dio en la pierna? —susurró.

—Podía haber sido la de cualquiera de tus perseguidores, ¿no es así?

—No.

—Bueno, tienes razón. Jones ha clasificado la bala que te han sacado de la pierna. Ya lo habéis oído, ¿no? Pasemos a otra cosa: ¿pudiste utilizar el encendedor?

—Ya le dije que no. Cuando me disponía a tomar las fotos, llegaron Hagerty y Gust.

—A ésos ya los están buscando... Veamos, Víctor: ¿crees que Jason sí pudo tomar fotos con su encendedor?

—Bueno, los dos teníamos instrucciones concretas sobre eso: en cuanto Francis de Brabander acabase su proyecto, teníamos que fotografiar los diseños. Debemos suponer que los acabó cuando le tocaba el turno a Jason... Supongo que él sí tomó las fotos.

—Y luego quiso matarte —musitó Zucker—. ¿Crees que pudo ser él quien estranguló a De Brabander?

Victor Reilley palideció un poco.

—No me obligue a decir eso, señor.

—Comprendo... Bien, vamos allá. Vance, tú llevarás a Victor a su apartamento, con su esposa. Luego...

—¿Qué está diciendo? —farfulló Reilley—. ¿Qué demonios de apartamento ni qué narices? ¡Yo voy con usted al *bungalow*!

Zucker torció el gesto.

—Correcto. Vance, ve tú al apartamento de Jason Lanham: a ver si sacas algo en claro de allí.

—Sí, señor.

—Nosotros cuatro iremos al *bungalow*. Si han localizado ya a Evangeline de Brabander es de esperar que la traigan aquí, o que la muchacha se apresure a regresar a casa... Aunque me pregunto qué va a poder decirnos la pobre chica. Bien..., en marcha.

En la piletta de la cocina había varios peces, la mitad de los cuales habían sido ya limpiados.

—Da la impresión de que quien estaba haciendo esto lo abandonó a la mitad —comentó Zucker.

—Eso lo estaba haciendo Jason, señor —apuntó Víctor—. Estoy seguro.

Melchia Zucker parecía desconcertado. En aquel momento, Keyes aparecía en la cocina.

—Sí, señor —informó—: el hilo del teléfono está cortado.

—¿A qué distancia de la casa?

Preston Keyes parpadeó.

—A ninguna, señor. Está cortado dentro de la casa.

—Claro... Sí, es posible...

Zucker, Reilley y Keyes salieron de la cocina, el último ayudando al herido Reilley. Cuando llegaron al taller que se había montado a todo tren para Francis de Brabander, el forense del Servicio los estaba esperando ya.

—Lo mataron entre las siete y media y las ocho; casi no es necesaria la autopsia para determinar esto —dijo, mirando a Zucker—. Fue estrangulado, desde luego... Y no me gustaría caer en las manos del hombre que hizo eso, Zucker.

—Está bien, Spann, gracias. De todos modos, vaya con él y practique la autopsia.

—De acuerdo.

Zucker hizo una seña a los tres agentes del equipo de Huellas que habían llegado al *bungalow* con ellos, en otro coche.

—Adelante, Orris: no dejéis ni una pulgada por rastrear.

—Sí, señor.

—Venga conmigo, Spann. Cuando los chicos acaben con las huellas se podrá llevar el cadáver.

Salieron al porche.

—Ahí viene Alan —dijo Víctor.

Alan Stommel llegó ante ellos unos segundos después.

—La radio está estropeada —informó.

—Un buen trabajo —susurró Zucker—. ¿Puedes llevarnos al lugar desde donde te disparó Jason, Víctor?

—Desde luego.

—Ayudadle.

Stommel y Keyes se pasaron cada uno un brazo de Reilley por los hombros, y los cuatro se dirigieron hacia el punto que interesaba. Estaba junto al borde mismo de los *swamps* que comunicaban con el mar.

Zucker apuntó la linterna al suelo, blando, fácil de hundir con el peso de un hombre. Se veían algunas depresiones de poca profundidad, que muy bien podían haber sido producidas por pies humanos, dada la forma.

—Pies descalzos —definió Zucker—. ¿Crees que pueden ser las huellas de Jason?

—Tienen que serlo. Él siempre iba descalzo por aquí. Y además, lo vi aquí. Lo vi con toda claridad, como si hubiese sido completamente de día.

El inspector movió la linterna alrededor de ellos.

—Pues si estas huellas son de Jason, tendremos que creer una de estas dos cosas: o que se marchó de aquí volando —señaló las turbias aguas del *swamps*— o nadando por aquí. ¿Cuál de las dos cosas os parece más difícil?

—Jason es perfectamente capaz de meterse en el pantano, señor. Jamás vi a nadie nadar como él.

—De acuerdo. Pero ha tenido que salir del pantano. ¿Por dónde? Mañana buscaremos las huellas..., si las hay.

—Desde aquí se llega a la playa —advirtió Víctor—. Si Jason llegó nadando allá, me temo que tendremos que buscar las huellas en una franja de playa que puede tener hasta diez millas. Le aseguro que Jason es algo serio en el agua, señor.

—Sí, lo sé; consta en su ficha... Tendremos que conformarnos con su desaparición, por ahora. Será mejor que regresemos a la Delegación. Quizá hayan encontrado ya a la hija de De Brabander... De todos modos, preferiría que encontrasen a Jason. Me gustaría saber dónde demonios se ha metido y qué está haciendo ahora.

—Nada bueno —aseguró rudamente Víctor Reilley—. El muy cochino traidor, el gran amigo... Llegaba siempre antes, me dejaba tiempo para ir a almorzar con Felice... Y cuando una noche quiero corresponderle llegando también antes de la hora, intenta matarme... El Gran Traidor, tendremos que llamarle ahora. Y por mucho que se esconda lo vamos a encontrar.

El tío Joe y su linda sobrina Polly habían estado navegando desde Tampa hacia el *bungalow* de los De Brabander. El tío Joe estaba al timón, y Polly a su lado.

Joe Adams había dicho:

—Lo único que vas a conseguir es un bufido, Polly.

—Oh, no, tío Joe.

—¿No? Bueno, ese tipo me parece que no es de los que les gusta perder el tiempo.

—Es que yo no quiero perder el tiempo, tío Joe.

—Y él tampoco. Lleva un mes viajando en nuestra lancha. ¿Crees que si tuviese interés por ti no te habría dicho ya algo?

—No... no deberías decirme esto...

—No seas niña, Polly. Créeme; viremos y a casa. Si Lanham te dijo que no lo fuésemos a buscar, ¿por qué demontres tenemos que hacerlo?

—Me gusta estar con él.

—Imposible llegar a un acuerdo contigo por medio de la discusión, Polly: me rindo. Y, al fin y al cabo, ya estamos llegando a la playa.

Joe Adams calló, y Polly quedó absorta en sus pensamientos, todos ellos relacionados con el apuesto Jason Lanham.

Tan absorta, que se sobresaltó cuando oyó el grito. Un grito potente, claro, que se repitió varias veces seguidas, cada vez con más fuerza.

—Tío Joe: ¿has oído...?

—Y he visto... Mira allá, Polly.

La muchacha había mirado al punto que señalaba su tío. El hombre estaba perfectamente visible, agitando los brazos, justo allá donde la luz de la luna trazaba un brillante caminillo en el agua. Se hallaba a menos de diez yardas de la lancha, como si hubiese presentido su llegada y estuviese esperándola con la precisión de quien conoce el camino de una embarcación que se dirigiese a la playa a la altura del *bungalow* de los De Brabander.

Joe Adams paró inmediatamente el motor, varió la dirección de la lancha, que describió un arco, en silencio, siguiendo el impulso de la marcha, y pasó tan cerca del hombre que la cuerda lanzada por Polly llegó a manos de aquél sin ninguna dificultad.

Inmediatamente, el hombre trepó por la cuerda, y saltó a bordo.

—¡Señor Lanham! —exclamó Polly, estupefacta.

—Vámonos de aquí —jadeó Lanham—. Ahora mismo. Dé la vuelta, Joe: regresamos a Tampa. ¡De prisa!

Joe Adams se encogió de hombros, y maniobró siguiendo las instrucciones del agente del FBI.

—Pe... pero... ¿Qué le ha ocurrido, señor Lanham? —tartamudeó Polly.

—Me caí al agua desde la roca —sonrió el

g-man

—. Me alegro mucho de que sea usted una chica tozuda, Polly... ¡A toda marcha, Joe!

—Muy bien, señor Lanham.

El motor tomó más revoluciones y la proa de la lancha se alzó sobre las aguas. Lanham se quitó la camisa, que se pegaba a su pecho.

—¿Tiene una toalla o algo parecido, Polly?

—Oh, sí...

La muchacha se alejó, sólo un instante. Le proporcionó una enorme toalla, que Jason utilizó secándose vigorosamente, único modo de evitar el intenso frío que entumecería su cuerpo al darle de lleno el viento que forzaba la veloz marcha de la embarcación.

—Pero..., ¿qué hacía ahí, señor Lanham? —insistió Polly—. Estaba a más de doscientas yardas de la playa. Eso es peligroso...

—Hay cosas más peligrosas, Polly. ¿Dónde tienen su coche?

—¿El... el coche?

—¿Lo tienen en el muelle?

—Claro. Cuando dejamos la lancha regresamos con él al apartamento...

—Lo voy a necesitar.

—Oh...

—¿Tiene su tío alguna ropa aquí?

—Vamos a verlo, creo que sí...

Bajaron los dos a la cabina. Había allá dos diminutos camarotes. En el de Joe Adams había unos pantalones blancos muy viejos y un chaquetón azul, de gabardina, muy descolorido, y una gorra más vieja que los pantalones. Polly salió del camarote mientras el

g-man

se ponía tan providencial vestimenta. Cuando acabó, su aspecto

resultaba bastante llamativo: los pantalones se adaptaban bien a su cintura, pero quedaban cinco pulgadas por encima de sus tobillos; el chaquetón parecía a punto de reventar por los hombros, y apenas si alcanzaba a tapar el ombligo. Lo único que parecía de su medida era la gorra.

Polly soltó una risita al verlo.

—No es momento de bromas —gruñó Lanham—. Regresemos a cubierta.

La muchacha iba de un lado a otro, desorientada por la actividad del agente del FBI. Cuando llegaron arriba, las luces de Tampa se veían ya muy cerca.

Lanham se acercó a Joe Adams.

—Atienda bien, Joe: soy agente del FBI, y estoy cumpliendo una misión. Va a tener que ayudarme. Poca cosa: cuando lleguemos al puerto, Poli y yo vamos a utilizar su coche. Usted se va a quedar en el puesto hasta que le avise. No importa que pasen dos o doscientas horas. Usted esperará en el lugar donde Polly y yo desembarquemos. No acepte pasaje, no se mueva del puerto por ningún motivo. ¿De acuerdo?

—Por mí está bien, sí, señor.

—Gracias.

Polly estaba boquiabierta. Lanham la miró, sonrió, y le cerró suavemente la boca.

—Tranquila, Polly... ¿Comprende ahora cómo sabía tantas cosas de usted y su tío? Mi trabajo estaba relacionado con el señor De Brabander, y cuando supimos que ustedes iban casi cada día allá, los investigamos. Llegamos a la conclusión de que eran gente de fiar, y decidimos continuar utilizando sus servicios, ya que así todo parecía continuar con normalidad en aquella casa.

—Sigo sin saber qué hacía usted en el agua, tan mar adentro...

—Es largo de contar.

—¿Ha ocurrido algo en el *bungalow*? —preguntó Joe Adams.

Lanham le lanzó una rápida mirada de reojo.

—No. No ha ocurrido nada importante.

Veinte minutos más tarde, la lancha se detenía en uno de los muelles de Tampa. Jason Lanham y Polly abandonaron la embarcación y se dirigieron hacia donde la muchacha dijo tener el coche. Subieron a él y Polly miró al

g-man

.

—Al 680 de Coconut Drive, Polly. ¿Sabe donde ésta?

—Claro.

—Pues a toda marcha.

—¿Siempre va usted tan deprisa?

—Cuando me interesa, sí. ¿Qué está esperando?

CAPÍTULO V

Habían convencido a Evangeline de Brabander de que era poco probable que pudiera ver ya a su padre en el *bungalow*, y que el mejor sistema para localizar su cadáver rápidamente consistía en esperar el regreso del inspector Zucker a la Delegación.

Y así, cuando Melchia Zucker llegó a su despacho, encontró en éste a su ayudante, que no parecía poseer demasiados recursos para prodigar consuelos a la muchacha. Tampoco Algie Fitzsimons parecía tener mucho éxito en el intento.

Zucker se quedó un instante en la puerta.

—Ya puedes salir, Alex.

—Sí, señor...

El ayudante salió a toda prisa, evidentemente aliviado por el abandono de tan difícil misión. Era de esperar que su jefe, con más edad y experiencia, hallara el medio de calmar a la muchacha, por lo menos.

Evangeline estaba mirando fijamente al inspector. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero sin estridencias, sin histerismo.

—¿Dónde lo ha dejado? —gimió.

Preston Keyes y Alan Stommel entraron en el despacho, ayudando a Víctor, cuando Zucker fue hacia la muchacha, dejando libre la entrada.

Melchia puso una mano en el hombro de Evangeline.

—Es mejor que espere un poco, señorita De Brabander... Por mucho que corramos ahora, su padre ya no... Bien, quiero decir...

—¿Dónde está él?

—Lo han llevado a la Morgue, naturalmente...

—¿Quién lo ha matado?

Zucker fue hacia el *water-glass* y sirvió un vaso de agua a la muchacha.

—Es un poco... prematuro hablar de eso, señorita De Brabander. No hay que arriesgar opiniones.

Víctor Reilley soltó un gruñido. Evangeline lo miró a él, y de nuevo al inspector.

—¿Quiere decir que... que aún no han encontrado al asesino?

—Aún no.

—Pero..., ¿saben quién es?

—Bueno..., existe cierta teoría...

Evangeline y Algie estaban pálidos. Algie se pasó la lengua por los labios.

—¿Teoría? —musitó roncamente—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Quiere decir exactamente, señor Fitzsimons, que creemos saber quién es el asesino..., si tenemos en cuenta las pruebas conseguidas hasta el momento.

—Y..., ¿quién es?

—Cuando se calmen un poco, uno de mis hombres les acompañará a la Morgue.

—¿No quiere contestar a mi pregunta? —Se disgustó Algie.

—No debo hacerlo, señor Fitzsimons. Espero que lo comprenda.

—Sólo en parte. Ocurre que en esta ocasión, la víctima ha sido el padre de mi prometida, y... bien, no sé si ella y yo tenemos derecho a pedir una explicación.

—¿Explicación? —masculló Zucker.

—Ustedes eran los encargados de velar por la vida del padre de Evangeline, ¿no es así? Y digo ustedes, no dos hombres. Ustedes: todo el FBI.

—Es cierto.

—Admitido eso, díganos por lo menos quién es el asesino.

—Mmm... Les ruego que esperen a que lo atrapemos...

Evangeline había estado mirando a todos los presentes. De pronto, preguntó:

—¿Dónde está Jason Lanham? ¿También le han matado?

Victor Reilley volvió a gruñir algo, fruncido el ceño. Melchia Zucker lo miró con reprobación.

Dirigiéndose a Evangeline, dijo:

—No sabemos si Jason Lanham está muerto o no.

—¿Cómo es eso posible?

—Mire, señorita De Brabander, ocurre que nosotros hacemos nuestro trabajo sin dar explicaciones a nadie. Disculpe mi rudeza, pero en esta ocasión...

Algie Fitzsimons deslizó una sugerencia, muy abiertos los ojos, como si creyese haber descubierto algo sorprendente.

—¿Acaso Lanham ha tenido algo que ver con la muerte de Francis de Brabander? ¿Es eso? ¡Vamos, dígalos! ¿No saben dónde está? ¿No se ha puesto en contacto con ustedes? ¿Debemos creer que un agente del FBI ha desaparecido, sencillamente?

Zucker se sentía cada vez más molesto.

—Oiga, Fitzsimons...

El teléfono le interrumpió. Se disculpó con un gruñido y descolgó el auricular.

—Zucker. Diga.

Lo que le dijeron debía ser en verdad sorprendente, porque Melchia se quedó petrificado, mudo de asombro, durante unos segundos. Tapó el micrófono con una mano, y, mirando a Victor, dijo:

—Es Jason...

Reilley, Stommel y Keyes también quedaron estupefactos. Al otro extremo del hilo debían insistir, porque Zucker apaciguó:

—Sí, sí, te escucho, Jason... ¿Dónde demonios?

—Atienda: estoy en el 680 de Coconut Drive...

La comunicación se cortó. De pronto, en seco. Como si Jason Lanham hubiese colgado el teléfono.

—Jason... ¡Jason! ¿No me oyes, Jason?

Se quedó mirando el auricular, cada vez más asombrado. Cuando lo dejó en el soporte parecía, más que asombrado, desconcertado. Victor Reilley se impacientaba.

—¿Bien? —inquirió—. ¿Qué ha dicho? ¿Era él de verdad?

—Era él, estoy seguro...

—¿Qué ha dicho?

—Que está en el 680 de Coconut Drive...

—¡Eh! —exclamó Fitzsimons, poniéndose en pie de un salto—. ¡Ahí vivo yo...!

—Lo sabemos, señor Fitzsimons —dijo Zucker—. Tiene usted allá una bonita quinta, con jardín, garaje, piscina, una pista de tenis y un pequeño campo para jugar al minigolf... No es necesario que usted se moleste en darnos ningún detalle ahora. Sabemos lo suficiente de usted desde hace semanas.

—Pero... Bueno..., ¿puedo saber qué está haciendo allá Jason Lanham?

—Por el momento, ni siquiera nosotros lo sabemos.

Victor se puso en pie, apoyándose en la mesa de su jefe.

—Vamos allá.

Zucker le dirigió una mirada furibunda.

—Está bien ya, Victor: vete a casa.

—¡Cómo! ¿Pretende...?

—Te dejé venir al *bungalow* de los De Brabander porque quería que nos guiasen por allá y nos indicases los puntos exactos donde habían ocurrido las cosas. Era necesario. Pero ahora ya no es necesario que vengas. Tienes que cuidar tu herida. De modo que te ordeno que regreses a tu casa. Vosotros —señaló a Stommel y Keyes—, llevadlo a su coche, metedlo en él y avisad a Felice de que Victor va hacia allá herido de poca importancia. Vamos, moveos. Y volved aquí enseguida.

—*Okay*.

Victor Reilley se había puesto rojo de rabia, pero no dijo ni una palabra. Aceptó la ayuda de sus compañeros y abandonó el despacho de su jefe sin despedirse, con claras muestras de pésimo humor.

Cuando estaban a punto de salir, Vance Gooch se cruzaba con ellos, llegando al despacho.

—Hola, héroe... —sonrió—. ¿Batiéndote en retirada?

Víctor alargó una mano hacia las solapas de Gooch, pero éste saltó ágilmente a un lado, riendo.

—Hasta la vista, águila desplumada. Cuando sepamos...

—¡Vance! —tronó la voz de Zucker.

Vance Gooch se atragantó.

—Allá voy, señor.

Entró en el despacho, ya sin prestar más atención a Victor, que era sacado de la Delegación.

—Creo que te envié a hacer algo, ¿no es así, Vance?

—Sí, señor. Esto... Bueno, ni rastro de Jason en su apartamento, señor.

—Ya lo sabemos. Jason nos ha llamado.

Vance quedó con la boca abierta.

—¿De veras? —musitó luego—. Vaya, ésta sí que es buena...

—Preston, Alan y yo vamos a salir ahora mismo hacia el 680 de Coconut Drive. Tú vas a llevar a la señorita De Brabander y al señor Fitzsimons a la Morgue, y luego te reúnes con nosotros.

—Sí, señor.

—Un momento —deslizó Algie Fitzsimons—; yo también quiero ir con ustedes.

—Imposible —negó secamente Zucker.

—Oiga, ese Lanham está en mi casa, ¿no? ¡Quiero saber qué hace allí y con qué derecho...!

—Nosotros le daremos todas las explicaciones que podamos a su debido tiempo, señor Fitzsimons. Mientras tanto, opino que sus intenciones de dejar sola a la señorita De Brabander son poco... caritativas.

Algie se mordió los labios.

—¡Oh!, lo... siento, Es cierto —tomó una mano de Evangeline—. No voy a dejarte sola ahora, cariño. Me he ofuscado un poco al saber que Lanham estaba en mi casa... Estaré a tu lado hasta que te aburras de mí.

Sonrió levemente al decir la última frase. Evangeline también sonrió un poco, agradeciendo la poco lograda, pero bien intencionada broma.

—Muy bien —suspiró Zucker—; acompáñalos. Vance... Y espero que me disculpen que no lo haga yo, pero...

—Sabemos los motivos —admitió Algie—. Hasta la vista.

Gooch abrió la puerta, cediéndoles el paso, y salió tras ellos, despidiéndose de su jefe con un movimiento de la mano.

Apenas quedar solo, Zucker frunció el ceño, pensativo. De pronto, decidió que no era necesario esperar el regreso de Keyes y Stommel, sino que podía ahorrar tiempo saliendo él de la Delegación y reuniéndose con ellos ya en la calle.

Pero cuando estaba ante la puerta, zumbó el «intercom», y el inspector dio la vuelta sin perder paso.

Admitió la llamada.

—Zucker. ¿Qué hay?

—Melchia, soy Jones, de Balística; ven inmediatamente.

—¿Qué ocurre? ¿Resultará ahora que la bala no pertenecía a la pistola de Jason Lanham?

—¡Claro que pertenece a esa pistola, te lo dije antes! Pero ven ahora mismo.

—Tengo que salir...

—O vienes tú o voy yo.

—Voy yo. Así ahorraremos tiempo. ¿Es algo referente a Lanham?

—Completamente referente a Jason Lanham.

* * *

Jason Lanham había llegado al 680 de Coconut Drive, pero no había permitido a Poli y que detuviese el coche delante mismo de la quinta, sino que habían continuado calzada arriba. Estaban sobre Hillsboro Bay, yendo hacia Oak Park. Abajo, a su derecha, se veían luces de embarcaciones, unas inmóviles y otras en movimiento. En algunos lugares, si el agua se movía favorablemente, se veía en ella el reflejo de la luna.

Coconut Drive estaba bordeada de palmeras, en fila de a tres y más. Era amplia, tranquila. La avenida estaba ocupada por quintas más o menos grandes y más o menos bonitas.

La de Algie Fitzsimons no era de las más lujosas, pero no desmerecía del lugar tampoco, ni mucho menos, por lo menos vista de pasada. Y aparte de eso, Jason Lanham sabía exactamente cómo era aquella quinta.

—Pare aquí, Polly.

La muchacha obedeció.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Usted, nada. Sólo esperarme aquí... O mejor será que de la vuelta y me espere como a doscientas yardas del 680.

—¿Sólo le sirvo como chófer?

Lanham sonrió, se inclinó y besó la punta de la nariz a la muchacha.

—Cada cosa a su tiempo; ahora, es usted chófer, en efecto.

Saltó del coche y desanduvo hasta llegar a la quinta que ostentaba el número 680 en uno de los pilares que sostenían la verja. Miró a su alrededor. Luego caminó unos pasos más, y, de pronto, saltó, se asió a la verja, y con un solo impulso que parecía ensayado, cayó al otro lado, flexionando las piernas. Cuando se incorporó, miró hacia la avenida, justo a tiempo de ver pasar el coche de Polly Adams. La muchacha, evidentemente, seguía sus instrucciones al pie de la letra.

Y eso estaba muy bien.

Se volvió hacia la casa. Era de dos pisos, moderna, amplia, con largos ventanales. No parecía que hubiese nadie en aquel momento,

ni siquiera el servicio. Caminando de modo que siempre quedase en las sombras, llegó a la terraza de la izquierda, cuyos escalones descendían hacia la piscina. Estuvo allí como un par de minutos, escuchando atentamente en todas direcciones. Luego entró en la quinta por aquella terraza, forzando la puerta-ventana.

Un gran *drawing-room*. Al fondo se veía la puerta, que debía comunicar aquella pieza con el vestíbulo. Salió a éste, siempre silencioso, rápido, seguro de sus movimientos. Sus pies descalzos producían un roce suave en el mosaico.

Una vez en el vestíbulo, Jason localizó enseguida la situación del despacho. Ni siquiera necesitaba forzar la memoria para saber dónde se hallaba éste, pues no podía estar en otro sitio mejor que bajo la blanca escalera voladiza que llevaba el piso alto. Le costó un poco más forzar aquella puerta, pero lo consiguió.

Entró y cerró.

Las cortinas de la ventana estaban cerradas, de modo que quedó en la más completa oscuridad. Tanteó la pared junto a la puerta, halló el interruptor y dio la luz un instante, sólo el tiempo justo para ver la pantalla de la mesa del despacho. Apagada la luz de éste, caminó hacia la mesa y dio la de la pantalla.

Se quedó unos segundos como indeciso. Luego se sentó a la mesa, y probó a abrir el cajón central. Casi respingó de sorpresa al conseguirlo. Tiró de los demás cajones, que fueron cediendo con la misma suavidad. Eso hacía muy poco probable que allí hubiese nada interesante... Sin embargo, la puerta del despacho había estado cerrada... Pura rutina, con toda seguridad.

Vio el teléfono, y lo descolgó sin vacilaciones.

Marcó un número.

Debían ser alrededor de las diez de la noche, de modo que le tocaba el turno a...

—¿Eres tú, Merrill? —preguntó apenas descolgaron al otro lado.

—Sí...

—Soy Lanham —oyó la exclamación del otro, y sonrió—. Ponme con el jefe enseguida. ¿Ha regresado?

—Sí... Sí. Te pongo con él.

—Gracias.

Casi enseguida oyó:

—Zucker. Diga.

—Soy Jason, señor... ¿Me oye? —Parecía que no hubiese nadie al otro lado—. ¿Me está escuchando o no, señor?

—Sí, sí; te escucho, Jason... ¿Dónde demonios...?

—Atienda; estoy en el 680 de Coconut Drive...

A sus oídos llegó claramente el ruido producido fuera del despacho; como si alguien hubiese tropezado... Colgó el teléfono, fue a la ventana, descorrió las cortinas, abrió las cristaleras y saltó al exterior, maldiciendo la desagradable circunstancia de estar desarmado.

Quedó bajo la ventana, pegado a la pared.

Oyó primero un ruido débil; luego más fuerte. Por fin, un golpetazo. Y enseguida, un chorro de luz salió por la ventana, hacia los parterres llenos de flores que rodeaban la casa en aquel lado, justo donde estaba él.

Y la voz:

—No hay nadie aquí... Se ha debido equivocar, señor Hagerty.

—Mira por la ventana... Con cuidado. Y dispara en cuando veas algo.

—Sí, señor.

Jason se alejó rápidamente de allí, pero sólo cinco o seis yardas, ya que si continuaba moviéndose cuando aquel hombre se asomase a la ventana, era seguro que lo vería. Quedó pegado a las trepadoras de la pared en la cual estaba practicada la ventana, apretándose contra ellas.

Vio la cabeza del hombre que miró hacia allí, hacia el frente, hacia el otro lado; tenía en la mano una pistola con silenciador.

—No veo a nadie, señor Hagerty...

Le dijeron algo desde dentro, y el hombre desapareció. Jason aspiró lentamente el aire que había estado reteniendo en sus pulmones, pero no se movió. Era demasiado arriesgado, por el momento.

Esperó hasta cinco minutos. La luz del despacho continuaba encendida, seguramente, pero habían corrido las cortinas otra vez. Estuvo tentado de acercarse a escuchar, pero era demasiado arriesgado.

Se separó de las enredaderas y miró hacia la verja. Se veían claramente dos coches detenidos allí. Y había un hombre fumando cerca de uno de ellos... Otro hombre apareció en su campo visual, se acercó a la verja y dijo algo al que estaba fumando. Éste tiró el

cigarrillo y se metió en uno de los coches. El otro ocupó el que quedaba libre. Segundos después, los dos coches se alejaban avenida arriba, y apenas dos minutos más tarde la pareja de individuos reaparecía en la verja y entraban en los terrenos de la quinta.

Dos coches.

¿Cuántos hombres habían llegado a la quinta?

Tomó una decisión: regresó junto a la ventana y se puso a escuchar. Y, para cuando oyó el ruido a su espalda, ya era demasiado tarde. Comenzó a volverse, listas las manos para la pelea, pero ni siquiera tuvo oportunidad de demostrar que sabía defenderse sólo con las manos.

El primer golpe le acertó en la nuca, y el dolor fue tan intenso que Jason Lanham creyó que le había acometido una parálisis total... El segundo golpe lo derrumbó como muerto, a los pies del hombre que le había golpeado.

* * *

Victor Reilley lanzó un suspiro de satisfacción cuando detuvo el coche delante del número 680 de Coconut Drive. Estuvo mirando la quinta unos segundos, sin apearse. No le iba a ser fácil caminar, pero algo conseguiría con lo que había pensado. De la guantera sacó una llave inglesa y un destornillador. Se volvió en el asiento y desmontó las dos barras niqueladas que había en la parte de atrás. Luego, con la llave inglesa, golpeó la punta de una de ellas, hasta que se aplastó lo suficiente para que pudiese ser encajada en una punta de la otra. Obtuvo así un tubo fuerte, como de tres pies y algunas pulgadas de longitud.

Utilizándolo como bastón, salió del coche. Por suerte, no había gente por allí y nadie se iba a fijar en su agujereado y ensangrentado pantalón.

Siempre apoyándose en el improvisado bastón, llegó a la verja del 680 y la empujó. No se sorprendió en absoluto por hallarla abierta...

El que se iba a sorprender, y no poco, sería el inspector Zucker cuando al llegar le encontrase allí, vigilando al Gran Traidor en que se había convertido el estupendo Jason Lanham. Esta vez, si Jason

quería escapar tendría que matarle..., si podía, porque ahora no iba a confiar en él. Y si era necesario, dispararía contra Jason con la pistola del 22 que siempre llevaba bajo un asiento del coche, y que ahora notaba metida en su cinturón.

Se lo debía.

El Gran Traidor le debía aquello. A la menor oportunidad le iba a meter una bala en el cuerpo...

¿Qué clase de encerrona podía haber preparado Jason contra el inspector Zucker y los demás? ¿Por qué había llamado a la Delegación diciendo dónde estaba?

¿Quizá quería atrapar a Zucker, que era el único que conocía en qué versaban los trabajos de Francis de Brabander? ¿Era eso? ¿Quería coger vivo a Zucker y que éste le aclarase algo de los diseños que sin duda Jason había fotografiado antes de quemarlos?

—Maldito traidor, cochino, puerco...

Llegó a la escalinata que se extendía ante la puerta de la quinta, sin ningún tropiezo, siempre escondiéndose lo mejor posible. La casa estaba en completo silencio. Seguramente, Jason estaba bien escondido, a la expectativa.

No le tenía miedo.

Subió la escalinata, llegó a la puerta y la empujó. Tampoco se sorprendió al notar cómo cedía delante de su mano. Sacó la pistola y se la pasó a esa mano, con la que continuó empujando, lentamente.

Cuando estuvo abierta del todo, gritó:

—¡Jason! ¡Sé que estás ahí...!

La luz del vestíbulo se encendió de pronto, cegando momentáneamente al

g-man

. Momentáneamente, pero el tiempo suficiente para que le arrebatasen la pistola de la mano. Un pie pasó por la punta del bastón metálico, apartándolo del suelo, y un puño golpeó a Reilley en la espalda, cerca de la base del cuello.

Cayó violentamente al suelo, dolorido en la espalda y sintiendo mil pinchazos en la herida de la pierna, sobre la cual había caído un pie con ferocidad. Victor Reilley tuvo la sensación de que toda la quinta giraba en torno suyo.

Y antes de que le golpeasen de nuevo en la herida y le hiciesen

perder el conocimiento, vio perfectamente al hombre llamado Hagerty, y oyó con toda claridad su voz educada y amable:
—Nos volvemos a encontrar, amigo Reilley...

CAPÍTULO VI

Evangeline de Brabander salió de la Morgue como alucinada. Todavía veía el cadáver de su padre en la mesa de autopsias. Veía el gesto de terror en sus facciones, la lengua hinchada, los ojos casi fuera de las órbitas...

Alguien había murmurado, detrás de ella:

—Ya le advertí que era mejor no mirar, señorita De Brabander... Y más, teniendo en cuenta que la identificación es completa en todos sus puntos... Lo siento.

Se había mareado. Había sentido una terrible angustia, como si su corazón fuese dejando de latir, sufriendo una presión tremenda. Se había sentido paralizada, como sin vida.

Y había oído la voz de Algie, tensa, intentando ser cariñosa:

—Evangeline..., salgamos de aquí.

No había podido contestar. Algie le había pasado un brazo por los hombros, conduciéndola hacia la salida. Hacía menos frío en el pasillo, pero se estremeció igualmente. Luego, casi enseguida, fue notando el calor normal del ambiente veraniego.

Se encontró en la calle.

Algie estaba diciendo algo:

—... Creen que estarás más tranquila conmigo, Evangeline.

—¿Qué..., qué dices...?

Algie intentó sonreír.

—Hay un hombre del FBI ahí dentro. Le he dicho que podía llevarte a mi casa, pero realmente no es posible, por el momento... No me acordaba de que el inspector Zucker debe estar ahora allí... Tampoco me parece conveniente llevarte al *bungalow*, Evangeline; de modo que si te parece bien te llevaré a un hotel...

—No... No me dejes ahora, Algie...

—No pienso dejarte... Alquilaré una habitación contigua a la tuya, Evangeline.

—Yo no..., no podré dormir...

—Lo supongo. Serénate, cariño... Estaré contigo en todo momento. Vamos al coche. Buscaremos un hotel tranquilo.

—Lo que tú digas, Algie...

El coche de Algie Fitzsimons había quedado aparcado a unas cuarenta yardas de la Morgue. Caminaron hacia allí. Cuando llegaron, Fitzsimons sacó las llaves del coche. Estaba abriendo la portezuela cuando los hombres aparecieron junto a ellos.

—Hola, Fitzsimons —dijo uno de ellos.

—¿Qué tal? —se burló el otro.

Algie quedó petrificado.

—¿Qué significa...?

—Oh, vamos, no te hagas el tonto. El jefe quiere verte.

—¿El jefe?

—Lo sabes muy bien. Andando.

—Un momento. —Algie dirigió una mirada rápida a Evangeline—. Creo que se están confundiendo...

—Fitzsimons; tenemos un coche en la esquina. Queremos que tú y la chica vayáis hacia allá.

—Pero...

—También tenemos cada uno una pistola. Tú has de tomar la decisión: o vienes o disparamos. ¿Qué decides?

—Iré.

—Hacia allá —le señalaron.

Algie comenzó a caminar, siempre con un brazo sobre los hombros de Evangeline, que al fin consiguió reaccionar.

—Algie, no comprendo... ¿Quiénes son esos hombres?

—No te preocupes.

—Pero ellos te..., te conocen... ¿Qué es eso del jefe? ¿Qué...?

—Te lo ruego, Evangeline: no hables ahora.

Llegaron al coche en silencio. Había un hombre al volante. Uno de los que estaban afuera abrió una portezuela. Pasaba gente cerca de ellos, pero nadie se daba cuenta de lo forzado de la situación.

—Adentro.

Evangeline entró en primer lugar. Luego el tipo que había abierto la portezuela. Después, Algie Fitzsimons, y por último, el segundo amigo de Fitzsimons, en el asiento delantero, pero vuelto hacia ellos, con la pistola ya en la mano.

—Arranca, Wilkes —dijo.

Evangeline miraba de uno a otro hombre, sin comprender nada, excepto que a ella y a Algie los estaban llevando a un lugar

desconocido... y en el cual, según parecía por la actitud de aquellos hombres, no podía ocurrirles nada bueno.

Estaban cruzando Tampa hacia el sur. Poco a poco se iban acercando a los muelles para embarcaciones de recreo.

—¿Adónde nos llevan? —musitó la muchacha.

—Cierra la boca, huerfanita —graznó el del asiento delantero.

Evangeline y Algie palidecieron. Una luz de alarma apareció en los inteligentes ojos de Fitzsimons, y el hombre que iba sentado en una de las banquetas, delante de ellos, se echó a reír.

—Exacto, Fitzsimons; empieza a preocuparte ya mismo.

El coche llegó por fin a los muelles de recreo, en efecto. Había numerosos yates, balandros, lanchas...

—Abajo.

El primero en salir fue el del asiento delantero, que era el que había dado la orden. Luego salieron Evangeline y Algie, y por último, el que había ido sentado en la banqueta. El coche se alejó de allí, conducido por el llamado Wilkes.

—Hacia allá —señaló otra vez, con el pulgar, el mismo de antes.

Evangeline vio el yate. Estaba pegado al muelle. Sólo tenía encendidas las luces reglamentarias en puerto. No demasiado grande, pero tenía apariencia esbelta, ligera y no era viejo, como muchos de los otros.

Apenas llegaron junto a él les tendieron la pasarela, que había estado alzada, como si nadie hubiese en el yate más que el marino de turno, durmiendo a todo soplar.

Cuando ya estaban a bordo apareció Wilkes, que también subió. Luego retiraron la pasarela. Evangeline estaba mirando uno de los blancos salvavidas, en el cual se leía el nombre del yate, *Mulato*, en español.

—Arriba el ancla —dijo el de la voz cantante—. Nos vamos de aquí a toda prisa.

* * *

Antes de abrir los ojos, Victor Reilley notó la suave trepidación, pero no supo a qué atribuirla. No sabía a qué atribuir nada de lo que le sucedía realmente. La primera sensación fue la de que tenía un enorme peso en la pierna herida; un peso lacerante, que parecía

llevar el dolor hasta la cabeza y la espalda. Sentía frío el rostro, como congelado, y se notaba húmedo.

Lo primero que vio al abrir los ojos fue una mancha extraña, que en pocos segundos se convirtió en un hombre.

Un rostro.

El rostro de Jason Lanham, duro, inescrutable.

Victor quiso hablar, pero sólo consiguió un gemido ronco, imposible de comparar con palabra alguna.

Jason Lanham sí pudo hablar:

—¿Qué tal, Vic?

Reilley cerró los ojos, aspiró hondo y se pasó la lengua por los labios.

—Cochino..., tra... traidor...

Lanham sonrió levemente, se levantó y fue hacia un diminuto mueble bar. Lo abrió y sacó una botella.

—Es un *whisky* aceptable, Vic. ¿Te apetece?

—No quiero nada... de ti...

Lanham volvió a sonreír.

—¿Sabes ya que estamos en un yate? Un bonito yate, Vic, con comodidades de toda clase. No es muy grande, pero sí confortable, muy bien acondicionado... Se llama *Mulato*.

Mientras decía esto, escanció *whisky* en dos vasos: Se sentó en el borde y ofreció uno de ellos a su compañero del FBI. Lo pensó mejor, dejó los dos vasos en el borde de la litera de encima, y ayudó a Reilley a incorporarse.

Luego le dio el vaso.

—Bebe, Vic. No importa que te consideres en servicio; te hará bien.

Reilley tomó el vaso, con mano insegura, mirando fijamente a Lanham. De pronto, cuando parecía que iba a beber, tiró el *whisky* a la cara de Lanham.

Éste ni siquiera se movió. Había cerrado instintivamente los ojos una fracción de segundo antes de que el *whisky* llegase a ellos. Se pasó la mano por los párpados. Cuando los abrió, su mirada no se había alterado. Se pasó la lengua por los labios, degustando el *whisky* que manchaba todo su rostro.

—¿Te sientes más tranquilo ahora, Vic? —musitó.

—No estaré tranquilo hasta que te atrapemos.

—Bien —unas gotas de *whisky* resbalaban desde la frente hacia los

ojos de Lanham, que las detuvo con un dedo y luego se lo chupó—. Se supone que esto es lo menos que merezco de ti, Vic. A tu salud. Alzó el vaso de *whisky* que se había reservado y bebió más de la mitad de la medida. Posiblemente la habría bebido toda de no haber sido por el manotazo de Reilley, propinado de revés, que clavó el vaso en la boca de Lanham, derribándole a él de espaldas. Reilley saltó tras él, por el fácil procedimiento de rodar por la litera hasta caer al suelo. Una vez allí, sus manos buscaron la garganta de Lanham, y cuando la encontraron se crisparon allí con furia, con deseos de matar.

—¡Cer... do...!

Las manos de Lanham se alzaron hasta aferrar las muñecas de Reilley, utilizando toda su fuerza para apartarlas del cuello. A pesar de la herida de la pierna y de la fiebre que estremecía a Víctor, el *g-man*

resultaba duro de pelar, teniendo en cuenta que la pelea se realizaba en el suelo, sin necesitar del apoyo de las piernas.

Reilley jadeaba fuertemente, crispadas las mandíbulas, lleno el rostro de sudor. Lanham ni siquiera podía respirar. Tenía la boca llena de sangre, que brotaba con fuerza de los partidos labios, en los cuales aún se veían pequeños trozos del cristal del vaso que Reilley le había clavado allí de un manotazo. Su rostro se iba poniendo rojo, y los párpados comenzaban a presentar un abultamiento revelador.

De pronto, Lanham consiguió desprender una de las manos y ladear la cabeza. El aire entró tan bruscamente en sus pulmones que sintió un asomo de mareo. Al ladear la cabeza, vio la pierna herida de Reilley; alzó un pie y lo dejó caer en medio del muslo.

—¡Aaaagg...!

Víctor aflojó la presión de la otra mano, desencajado el rostro por el latigazo de dolor que lo estremeció, partiendo de la herida, Lanham rodó un par de veces, separándose de su compañero, pero llevando las manos de éste como clavadas a uno de sus tobillos. Se revolvió en el suelo, encogió una pierna y golpeó de plano a Reilley en el puente de la nariz con el pie descalzo.

Consiguió desprenderse entonces; se puso en pie, agarró a Reilley por las solapas de la arrugada chaqueta blanca y lo puso en pie de un tirón.

Inmediatamente, pese a que parecía a punto de desvanecerse de un momento a otro, Reilley le golpeó en el estómago. Lanham soltó un gruñido. Efectuó un giro, zarandeando a Reilley, que se desconcertó, y entonces le hundió el puño derecho dos veces en el estómago, sosteniéndolo en pie por las solapas con una sola mano. Reilley se encogió, perdió el ritmo respiratorio... El tercer puñetazo le hizo perder las pocas fuerzas que le quedaban, y se relajó completamente.

Lanham volvió a sujetarle por las solapas con ambas manos y lo arrastró hacia la litera, donde lo tiró de un empujón. Luego le subió las piernas de un manotazo y se inclinó sobre Reilley.

—¿Quieres que te mate? —gritó, todavía rojo el rostro, dificultosa la respiración—. ¿Es eso lo que quieres, Vic? ¡Si es eso, dímelo y lo haré con mucho gusto! ¿Es eso lo que quieres?

Apartó la cara hacia un lado y escupió un par de trozos de cristal y sangre. Reilley le miraba fijamente, jadeando, lívido el rostro, desorbitados los ojos. Estaba empapado en sudor frío, al borde del desvanecimiento, pero intentó de nuevo atacar a Lanham, que se limitó a sujetarlo por los hombros.

—¡Quieto ya, estúpido! ¡No estás en condiciones de pelear conmigo ni con nadie! ¿Es que no lo comprendes? No has sido demasiado listo, Vic; debiste quedarte en la Delegación y no arrastrar esa herida por todo Tampa... Ahora tendrás que atenerte a las consecuencias.

—Puedes... matarme...

—Sigue así y lo haré ahora mismo.

—Pero no conseguirás... es... escapar... Tú sabes eso muy bien... Lo sabes...

Lanham hizo un gesto de desdén, quitando las manos de los hombros de Reilley. Se puso en pie y fue de nuevo al mueble bar. Se miró al espejo interior de éste, lanzó un gruñido de disgusto y miró a su alrededor. Vio el armario empotrado, fue a él y lo abrió. Tomó una toalla de allí y regresó al mueble bar. Se quitó los pocos cristales que todavía quedaban clavados en sus labios y luego se enjuagó la boca con *whisky*, que escupió a un rincón, mirando torvamente a Víctor Reilley.

De pronto, lo apuntó con un dedo.

—Escúchame bien, idiota —dijo fríamente—, ¿aún no te has dado

cuenta de que los dos estamos en el mismo apuro?

Una fugacísima expresión de desconcierto apareció en los ojos de Reilley, pero no dijo nada. Lanham tiró la toalla y se acercó a la litera.

—¿No has comprendido que los dos estamos en manos de ese Hagerty? —masculló—. ¿No has podido comprender ni siquiera eso?

Victor pareció un poco sorprendido, pero persistió en su silencio.

—¿Crees que yo tengo algo que ver con Hagerty? —insistió Jason.

—¿No es... así?

—¡Claro que no!

—Tú... disparaste contra... contra mí...

—¡Lo hice, y volvería a hacerlo! ¿Por qué tuviste que venir tan pronto? Te dije que no te dices prisa en relevarme, ¿no es cierto? ¿Por qué no aprovechaste más el tiempo junto a Felice? ¿Quieres saber por qué te disparé, estúpido, quieres saberlo...? ¡Porque me viste allí, y me llamaste, y delataste mi presencia!

—Eso... no es... motivo... Creí...

—Oh, sí... El gran amigo... Creíste que yo estaba allí tan acorralado como tú y quisiste esperarme para escapar los dos en el coche, ¿no?

—Sí...

—¡Yo no quería escapar entonces! ¡No contigo, entiéndelo bien! ¡Quería escapar con las fotos de los planos de De Brabander, y con aquella maldita esfera de aluminio o de lo que diablos fuese! ¡Eso es lo que quería!

—Jason..., ¿querías llevar todo eso al inspector Zucker?

Lanham pareció irritarse.

—Pero ¿cómo puedes ser tan idiota? ¡Lo que yo quería era llevarme todo lo que De Brabander había hecho! ¡Y no para entregárselo a Melchia Zucker! Escucha, Vic: los dos estamos en un grave apuro ahora. Yo no he podido evitarlo, pero tú sí podías haberlo hecho. Quiero explicarte por qué quise matarte. Atiende bien: Yo tenía cierta proposición de compra sobre el fruto del trabajo de De Brabander. Tanto tú como yo íbamos preparados para micro fotografiar los dibujos de De Brabander. Yo lo conseguí. Escapé del *bungalow* con los dibujos y aquel maldito aparato poco antes de llegar tú. Tuve el tiempo justo de escapar, después de quemar los planos fotografiados y llevándome la esfera. ¿Sabes qué ocurrió?

Que ese Hagerty y varios hombres que trabajan para él llegaban en el momento en que yo salía del *bungalow*. No me vieron porque yo oí su llegada y conseguí ocultarme. Sin embargo, formaron un cerco tal que no podía alejarme. Y cuando conseguía romper ese cerco mientras ellos me buscaban, llegas tú, armas el gran jaleo, y cuando me ves, ya a punto de escapar yo, te pones a llamarme. Ya no existía para mí tan sólo el peligro de Hagerty y sus hombres, sino el que representabas tú. Yo quería que el inspector creyese que me habían matado y hecho desaparecer mi cadáver, y mientras me buscaban, desaparecer de Estados Unidos, con el dinero que iba a conseguir por todo aquello. Pero tú me habías visto vivo, suelto. No podía correr el riesgo de que dijese eso, Vic.

—Pues... lo dije... Y todo lo que has dicho tú... me hace comprender que eres... el más asqueroso traidor... del que tengo noticia...

—¿Sí? ¿Y qué me importa a mí lo que tú pienses? ¡No soy ningún deficiente mental! —Lanham se iba excitando—. Escucha: ¿crees que nosotros, los agentes del FBI, vivimos la vida? ¿Cuánto ganamos al año? ¡Poco más de ocho mil dólares! Por ese dinero te juegas la vida más de ocho mil veces cada año... Nunca sabes cuándo te pueden meter una bala en la espalda... ¡Ocho mil dólares! ¿Por qué supones que yo iba a vivir así toda la vida..., suponiendo que durase mucho? ¿Sabes cuánto iba a ganar con este asunto? ¡Quinientos mil dólares! ¿Lo has oído bien? ¡Quinientos mil dólares!

—Me das... asco...

—¡Al diablo tú y tu asco! —Pareció calmarse de pronto—. Escucha, Vic: quiero proponerte un trato. Vamos a unir nuestras fuerzas para intentar escapar. Tenemos que intentarlo. Si lo conseguimos, ya arreglaremos tú y yo nuestro asunto.

—¿Cómo?

—Hay muchas maneras... Mira, cuando acabé de disparar contra ti, los hombres de Hagerty se echaron encima de mí. Tuve que saltar al pantano. Tenía en lugar seguro aquella bola de metal que había montado De Brabander, y el microfilme que obtuve con el encendedor. Una vez en el agua, nadé hacia donde lo había dejado todo, por el pantano, y luego seguí nadando hasta el mar... Tú no sabes lo que pesaba aquella maldita esfera... Vic, escucha: ayúdame a salir de aquí... Puedes hacerlo, sé que te repondrás rápidamente.

Yo voy a hacerte una cura en la pierna. Luego intentaremos escapar... Si lo conseguimos, yo sé dónde está el microfilme y la esfera. Ahora ya no puedo pretender dinero por eso, pero sí tengo derecho a intentar continuar viviendo. Vic: yo te digo dónde está, y tú me ayudas a escapar; a las Bahamas, a Cuba... Mejor Cuba. ¿De acuerdo, Vic?

—¿Dónde está el microfilme?

—Oh, no, no... Ahora no... Primero hemos de escapar. Si lo conseguimos, te lo diré.

—Si conseguimos escapar me matarías, Jason. No hay trato; no te ayudaré a escapar.

—Escucha...

—No hay trato.

—No seas loco... Es tu vida la que también está en peligro...

—Me daré por satisfecho sabiendo que a ti también te van a matar, Jason.

—¡No puedes ser tan terco, tan...!

Los dos oyeron perfectamente el ruido del pomo de la puerta un segundo antes de que ésta se abriese. Hagerty apareció en el umbral, pulcro y elegante, como siempre, tranquilo, sereno, sonriente.

—Lamento interrumpir su pelea —dijo amablemente—, pero tengo necesidad de charlar con ustedes. Podemos empezar por el señor Lanham —sugirió, siempre sonriendo—, que parece bastante... oportunista. Pasad.

Acabó de entrar en el camarote, y detrás de él lo hicieron Gust y Plonk, cada uno de ellos con una pistola en la mano. Hagerty les hizo una seña de espera y encendió un cigarrillo.

Cuando lo hubo encendido, miró de pronto a Lanham, con fijeza.

—Bien, Lanham: estoy esperando.

—Esperando, ¿qué?

—Quiero que me diga dónde está el microfilme. No me importa el aparato, porque sé que las fotos que usted tomó corresponden a los planos totales, completos, acabados. Me refiero a los planos que quemó después de fotografiar, Lanham. Usted fue muy listo al llegar a la quinta de Algie Fitzsimons, pero reconozca que yo también lo fui al ir a buscarle precisamente allí.

—¿Sabía a qué conclusiones iba a llegar yo, Hagerty?

—Naturalmente. Lo bueno de luchar contra hombres inteligentes, es que siempre hacen lo más... lógico. Por supuesto, imaginé que usted comprendería la verdad enseguida, Lanham. Por eso le estábamos buscando cuando llegó su compañero. Es usted terriblemente astuto y escurridizo, lo admito, pero... ya ve: está en mis manos. ¿Dónde está él microfilme?

Jason Lanham, que estaba escuchando con cortés atención a Hagerty, soltó una risita.

—No lo sé.

Plonk y Gust se adelantaron. Lanham comprendió que iban a golpearle, y se adelantó, atizando un puntapié a pie descalzo al estómago de Gust. Pero Plonk había saltado hacia su espalda, y le golpeó con la pistola en un hombro, junto al cuello. Jason se encogió y cayó de rodillas cuando el golpe se repitió. Gust, medio recobrado, detuvo en seco el puntapié que estaba preparando al oír al orden de Hagerty:

—Dejadlo reflexionar..., pero no demasiado rato.

Jason movió cautelosamente el hombro golpeado, comenzando a ponerse en pie. Se sentía tan dolorido que ni siquiera podía alzar aquel brazo.

—Le digo que no lo sé, Hagerty.

Los dos matones avanzaron de nuevo hacia Lanham, pero Hagerty los contuvo con un gesto.

Tenía una calma que parecía inalterable.

—No le peguéis más. Antes vamos a concederle una auténtica oportunidad de morir entero. Ve a buscar aquello, Plonk.

—Sí, señor Hagerty.

Plonk salió del camarote. Parecía un gorila súper patizambo y súper fuerte. Con toda seguridad, para tumbarlo a golpes de un modo definitivo haría falta golpearlo con una clava propia de los hombres de la Edad de Piedra.

Regresó apenas un par de minutos después, con un aparato que fue reconocido inmediatamente por los dos agentes federales. Hagerty se hizo cargo de ese aparato, siempre con calma. Cuando lo puso en marcha había terminado su cigarrillo y encendió otro con la colilla del primero.

Era un magnetófono a pilas.

Y reprodujo punto por punto, suspiro por suspiro, golpe por golpe,

jadeo por jadeo, palabra por palabra, todo cuanto había ocurrido en aquel camarote minutos antes, cuando Víctor Reilley y Jason Lanham, probablemente, se consideraban solos y aislados.

La grabación terminaba con la voz de Jason Lanham, cuando decía: «No seas loco... Es tu vida también la que está en peligro...».

Luego sólo se oyó el levisimo zumbido del magnetófono en vacío, durante unos segundos. Hagerty detuvo el aparato. Luego, siempre irreprochable, sereno y tranquilo, fue hacia un rincón del camarote, movió la pantalla tras la cual estaba el pequeño tubo de neón, y señaló con un dedo el micrófono.

—Es un insignificante y viejo truco que me he permitido emplear con tan astutos representantes del FBI —deslizó con irónica finura—. Siempre me ha sorprendido comprobar que los trucos más sencillos y viejos son los que mejor engañan a los hombres más preparados. Y ahora, Lanham... ¿dónde está el microfilme? Espere: contésteme primero a otra pregunta: ¿quién estaba dispuesto a pagarle a usted medio millón de dólares por esas fotos?

—Los rusos.

Hagerty se quedó mirando pensativamente su cigarrillo. Estuvo así casi medio minuto, como si sus pensamientos no se relacionasen con la escena presente.

De pronto dijo:

—Sujetadlo.

Plonk y Gust saltaron sobre Jason Lanham, inmovilizándolo, si bien tuvieron que emplear toda su considerable potencia muscular fuera de lo corriente. Hagerty se acercó, dio una profunda chupada al cigarrillo y luego, como si tal cosa, aplicó la brasa sobre la frente de Lanham.

Éste se encogió un instante, y pareció a punto de gritar. Pero se contuvo inmediatamente, y después del primer gesto de incontenible y lógico dolor, permaneció impasible.

—Lanham, sé positivamente que los rusos no le han comprado a usted para este trabajo. Luego, han sido otros... ¿Quiénes?

—No lo sé.

Hagerty volvió a dar una chupada intensa al cigarrillo.

—¡Espere! —chilló Lanham—. ¡Le juro que no lo sé! ¡Yo tenía que conseguir esas fotos y salir con ellas hacia Cuba! No sé nada más... Alguien vendría a buscarlas y a pagarme... ¡Le juro que no sé nada

más, Hagerty! ¡Le diré dónde está el microfilme, lo pondré en sus manos..., pero no puedo decirle nada más, porque nada sé!

Hagerty hizo sus cábalas sobre aquellas palabras.

—Muy bien —aceptó—: ¿dónde está el microfilme?

—En el mar.

—Oh, vamos, Lanham.

—¡Le digo que está en el mar! Después de disparar contra Victor, cuando los hombres de usted me acorralaron a tiros, yo salté al pantano y luego fui nadando hacia la playa... Usted debe saber que aquel pantano comunica con la playa... Llevaba conmigo aquella maldita esfera y las micro fotos. Llegué al mar, nadé como unas doscientas yardas y dejé caer todo al fondo...

—¿Incluido el microfilme?

—Claro...

—Lo cual quiere decir que se ha estropeado.

—Oh, no... En la esfera había un compartimento especial, una cámara de media pulgada cuadrada... Se le había exigido a De Brabander aquella particularidad. La tira de fotos está allá dentro, Hagerty, lista para ser revelada.

—¿Sabría llegar a ese lugar?

—Seguro.

—¿Ahora?

—¿Qué dice? ¿Ahora? ¡Usted está loco! ¿Cómo quiere que yo encuentre eso en un lugar que debe tener no menos de treinta brazas de profundidad, de noche y sin equipo apropiado?

—¿Acaso quiere esto decir que usted sería capaz de descender a esa profundidad?

—De día, sí; con toda facilidad.

—Lanham: acaba de prolongar su vida hasta el amanecer. En este yate hay de todo. En cuanto salga el sol, usted y uno de mis hombres van a bajar a buscar esas fotos, bien equipados: lentes, aletas, tubos de aire...

—¿Y luego?

—Creo que no le comprendo bien, Lanham.

—Le pregunto qué ocurrirá luego, cuando usted ya tenga esas fotos, Hagerty.

—Bueno... Usted es un hombre que quiere mucho dinero, Lanham... ¿No es cierto?

—Cierto.

—Quizá podamos entendernos... cuando ya tenga las fotos.

—¿No piensa matarme?

—Nunca destruyo lo que puede serme útil.

—Escuche, Hagerty, hagamos un trato: yo trabajaré para usted. Lo acaba de decir, no tiene objeto matarme. Soy un hombre que puede dar mucho de sí... Llevo años en el FBI. Piense en esto... Conozco tantas cosas y trucos que usted estaría satisfecho de mi trabajo...

—Usted se pasa la vida, haciendo tratos, Lanham. Pero es posible que yo lo acepte.

Jason aspiró profundamente.

—¿Y él? —señaló a Reilley.

Hagerty sonrió amablemente.

—Creo que su compañero es menos... flexible que usted. De todos modos, puede preguntarle, Lanham.

Había un tono de clara ironía en la voz de Hagerty, pero Jason no pareció notarlo. Se acercó a la litera donde yacía Víctor Reilley.

—Hey, Vic, ya lo has oído. Podemos continuar viviendo si...

Víctor Reilley estaba muy débil. Pero no tanto que no consiguiese reunir fuerzas para escupir al rostro de Lanham.

—Ahí tienes... mi respuesta..., traidor...

Jason crispó los puños, pero Hagerty habló secamente:

—Déjelo..., por ahora.

—¡Le voy a...!

—Le digo que lo deje en paz. Voy a dejarlos a los dos en este camarote, pero les advierto que no dejaré que vuelvan a pelear. La pelea de antes resultó divertida, Lanham, pero vistos los recursos de su compañero, creo que será mejor que se cuide: no quisiera que lo degollase con un vaso roto... ¿Me han comprendido?

—Sí.

—No lo olvide.

Hagerty se dirigió de nuevo hacia la pantalla tras la cual estaba el micrófono que había servido para grabar la conversación entre los dos agentes del FBI, y lo arrancó de un tirón. Hizo una seña a Plonk y Gust, y los dos matones se dirigieron hacia la puerta del camarote. Cuando era Hagerty quien estaba a punto de salir por ella, Jason Lanham preguntó, de pronto, en ruso:

—¿Nos matará mañana?

—Ya le he dicho...

Hagerty se había vuelto como una centella, contestando también en ruso a la pregunta de Lanham. Cuando se dio cuenta de la trampa que le había tendido el

g-man

, se calló bruscamente. Por un momento, su reacción presagió violencia, pero se contuvo con su habitual dominio.

—Muy astuto, Lanham, muy astuto...

—Ya le dije que soy un hombre de recursos, Hagerty.

—Quizá demasiados...

Jason encogió los hombros, no sin dolor.

—¿Qué tal si me deja un paquete de cigarrillos para pasar la noche? Me muero por fumar.

Hagerty parecía un padre bondadoso que intentaba hacerse cargo, benévola, de las travesuras de sus pequeños.

—Dale tu paquete, Plonk.

—Sí, señor Hagerty.

—Y quédate...

Se interrumpió, porque el yate se estremeció con notable vibración.

—Vaya..., parece que por fin nos vamos... Eso quiere decir que todas las visitas están ya a bordo. Magnífico. Tú, Plonk, quédate delante de la puerta de este camarote. Y al menor ruido, entra a poner orden. Con una condición: la vida de Jason Lanham vale más, para mí, en estos momentos, que la tuya... ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—Muy bien.

Plonk tiró un paquete ya empezado de cigarrillos a los pies de Lanham, antes de salir Hagerty del camarote. La puerta se cerró y los dos

g-men

quedaron solos en el camarote.

Jason recogió el paquete de cigarrillos, encendió uno y fue al mueble bar. Echó *whisky* en una toalla y se friccionó el hombro golpeado con ella, así como la quemadura producida en la frente por el cigarrillo de Hagerty.

—¿Un trago, Vic?

Reilley no contestó.

—¿Un cigarrillo?

De nuevo sin respuesta.

—Estoy reventado... —musitó Lanham—. Creo que voy a tumbarme un rato. Has hecho mal en no aceptar componendas con Hagerty, Vic.

Pero no se tumbó todavía. Recorrió el camarote, lentamente, fumando, pasando los dedos por los tabiques. Se detuvo un momento allá donde Hagerty había arrancado el micrófono, y sonrió burlonamente.

Por fin, se dirigió a su litera, considerando como tal la de encima de Reilley, subió y se tumbó como si la fatiga le hubiese vencido completamente.

CAPÍTULO VII

Evangeline casi se sintió aliviada cuando vio al apuesto personaje que apareció en la cubierta, fumando con desenvoltura. El yate se estaba apartando ya del muelle, pero algunas luces llegaban hasta allí con la suficiente potencia para definir al hombre: alto, esbelto, elegante, de mirada directa y sonrisa cortés.

—Señorita De Brabander —inclinó un poco la cabeza—. ¿Cómo está usted?

—¿Quién es usted? —musitó la muchacha—. ¿Qué quiere de nosotros?

La sonrisa del hombre pareció endurecerse un poco al mirar a Algie Fitzsimons.

—¿Qué tal, Fitzsimons?

Algie parecía nervioso... Más aún: terriblemente asustado.

—Escuche, Hagerty; no estoy de acuerdo con su modo de tratarme después de...

—¿Después de fracasar?

—¡Hice todo lo que pude! ¡No tengo la culpa de que las cosas no hayan salido bien!

—¿No? ¿Quién, tiene la culpa?

—Ese Jason Lanham... ¡Él la tiene!

Hagerty se acarició la barbilla.

—Realmente... Bueno, hay que admitir que si usted hubiese hecho mejor las cosas, el agente del FBI no habría podido triunfar.

—¿De..., de qué están hablando? —gimió Evangeline—. No entiendo nada..., nada... Algie, ¿qué tiene que ver este hombre contigo...? ¿Quién es?

—Puede llamarme simplemente Hagerty, señorita De Brabander —dijo el hombre, inclinándose de nuevo—. Su novio está metido en un asunto conmigo..., en un negocio. Y sucede que no ha cumplido su parte del compromiso. Afortunadamente para mí, todavía no le había pagado sus servicios.

—¿Servicios? ¡Algie no presta servicios a nadie!

—No sea tan orgullosa, señorita De Brabander. ¿Por qué supone

eso?

—Él no necesita hacerlo, ni con usted ni con nadie.

—¿Opina que Fitzsimons tiene mucho dinero?

—El suficiente.

—Respuesta incorrecta, señorita De Brabander. Si hubiese dicho que Fitzsimons tiene dinero, la respuesta habría sido correcta. Pero puede estar segura de que «no» tiene el suficiente para sus necesidades o... vicios.

Evangeline estaba cada vez más desconcertada. Algie estaba pálido y parecía muy inquieto.

—Hagerty —dijo—, usted me prometió una cantidad..., y yo la quiero. Hice todo lo que se podía hacer.

—Incluso más... —sonrió Hagerty—. Pero no se trata de hacer mucho o poco, sino de hacer lo necesario para conseguir lo que se desea. Y usted no ha hecho lo necesario... O, para dejar ya esta pequeña y amable discusión, digamos que no ha conseguido usted lo que deseaba, puesto que los planos no los tengo yo. Los tiene Jason Lanham micro fotografiados.

—Entonces..., ¿para qué me ha traído aquí?

—Hablares mañana sobre eso, Fitzsimons. Una vez tenga yo en mis manos esos planos, veremos cómo arreglamos esta situación. De momento, será mejor que descansen. Roger, Spillner —miró a los dos hombres que habían obligado a Evangeline y a Algie a entrar en el coche cuando salieron de la Morgue—: Llevadlos abajo. Un camarote para ellos solos, aislado.

—Sí, señor Hagerty.

El yate estaba ya lejos del muelle, navegando hacia el sur, con Wilkes al timón.

Spillner y Rogers se colocaron uno delante y otro detrás de la pareja, conduciéndolos así a los camarotes. Una vez encerrados en uno de éstos, Evangeline, tras cerciorarse de que, en efecto, la puerta había sido asegurada por fuera, se quedó mirando a su novio.

—¿Hay..., hay algo que debas explicarme, Algie?

—Evangeline..., quisiera que comprendieses...

—Te comprenderé cuando lo expliques todo bien.

Fitzsimons encendió un cigarrillo paseando por el camarote.

—Ese hombre, Hagerty, cruzó su coche con el mío hace unas tres

semanas, cuando yo regresaba a casa después de haberte dejado en el *bungalow*... Tuve que detenerme... Entonces, esos hombres que nos han traído aquí, se apearon de su coche y me dijeron que querían hablar conmigo. Yo comprendí que tenía que hacerlo si quería evitarme dificultades... Pasé al coche de Hagerty, siempre vigilado por Spillner y Rogers...

—Cuando nos abordaron al salir de la Morgue parecía que no los conocías, Algie.

—Oh, yo..., tuve que hacerlo para que no supieses nada... Hubiese preferido que no supieses nada, y creí que podría convencerlos de que nos dejaran, por el momento... Quería hacerles comprender que yo hablaría más adelante con ellos a solas...

—¿Qué quería de ti ese Hagerty?

—Él sabía que tu padre estaba trabajando en algo importante... El nombre de tu padre es... era famoso, y... Hagerty llevaba algunos días vigilando a tu padre, es decir, rondando el *bungalow*... Él quería saber qué era lo que estaba haciendo... Sabía muy bien que tu padre es un experto en cuestiones atómicas, y quería saber qué estaba haciendo...

—¿Y te pidió que tú se lo dijese, que sonsacasas a mi padre?

—Sí... Él... me ofreció un millón de dólares si la cosa valía la pena... Evangeline: un millón de dólares.

—¿Aceptaste?

—Sí...

—¿Por qué? ¿Por qué, Algie? Tú no necesitabas ese dinero.

—Oh, sí... Bueno... ¡Un millón de dólares, Evangeline! Yo hace tiempo que quiero irme a vivir a Miami, comprar allí una quinta, en Miami Beach, algo mejor que lo que tengo... Era un millón de dólares, Evangeline..., más dinero del que tengo hoy día... Yo pensé que tu padre no iba a conseguir tanto por su trabajo, seguramente trabajaba para el Gobierno... Él no iba a conseguir un millón de dólares, y si a él no le importaba eso a mí sí... No es lo mismo Tampa que Miami Beach, Evangeline... Pero yo necesitaba mucho dinero para vivir como quería, contigo...

—¿Te dijo algo mi padre? —susurró desmayadamente la muchacha.

—No. No pude sacarle una palabra...

—Tampoco a mí me dijo nada sobre lo que estaba haciendo... Era un secreto, Algie.

—Lo sé... Por lo que él me dijo, comprendí que Jason Lanham y Víctor Reilley eran hombres encargados de protegerle, y que ni siquiera ellos sabían de qué se trataba... No pude decir nada a Hagerty, y entonces él me dijo que tendríamos que esperar a que tu padre terminase el trabajo y robarle los diseños y aquella extraña bola de que yo le hablé... Cada tarde, cuando venía a buscarte para cenar, entraba a saludar a tu padre, ¿recuerdas?

—Sí...

—Yo me enteraba de cómo iba su trabajo. Esta tarde, tu padre me dijo que ya lo había terminado... Yo tenía algo que hacer entonces... Y lo hice.

—¿Qué era?

—Cuando salimos del *bungalow*, yo detuve el coche y te dije que había olvidado decirle algo a tu padre, ¿recuerdas?

—Oh, sí... Dijiste que no valía la pena maniobrar con el coche en el camino, que era estrecho, y que podías muy bien ir y volver a pie, pues sólo había como doscientas yardas... Pero tardaste mucho, Algie.

—Estuve en la playa.

—¿En la playa? Creí que...

—También estuve en el *bungalow*. Oí a Lanham en la cocina, silbando. La puerta estaba abierta: entré y corté el hilo del teléfono. Luego fui a la playa y estropeé la radio-emisora que sabía tenían allí Lanham y Reilley.

—¿Por qué hiciste eso?

—Eran las instrucciones que Hagerty me había dado. Tenía que hacer eso cuando tu padre hubiese terminado el trabajo, y hacérselo saber con una seña convenida a Hagerty. Él esperaba cada tarde, en su coche, en un lugar de las cercanías de Gardenville, porque quizá tú habrías notado al fin que siempre nos cruzábamos con el mismo coche si hubiese esperado más cerca; en cambio, en las afueras de Gardenville, había siempre coches, y no ibas a fijarte en todos, ni tenías por qué hacerlo. Yo le he hecho la señal esta tarde a Hagerty, Evangeline.

—¿Y él ha ido al *bungalow*?

—Sí. La señal significaba que tu padre había terminado el trabajo, y que la casa estaba incomunicada; también se entendía que había estropeado la emisora de Jason Lanham y Víctor Reilley.

—¿O sea..., que mi padre y Jason... estaban... abandonados a merced de Hagerty y sus hombres?

Fitzsimons se mordió los labios.

—Sí.

—Algie: ¿cómo pudiste hacer eso...? ¡Dios mío!

—Yo no sabía... En cuanto a Lanham: ¿qué sabemos de él? El inspector Zucker no lo encontró, y Hagerty no tiene los planos. Según parece, los tiene Jason Lanham, micro fotografiados... Y si Hagerty sabe eso, es que ha encontrado a Lanham, por fin. Quizá... ¡Claro! Lanham llamó a Zucker desde mi casa... Quizá fue allá donde Hagerty encontró a Lanham. Es posible que Hagerty... — Algie Fitzsimons palideció bruscamente—. ¡Dios...!

—¿Qué ocurre, Algie?

—Si Lanham fue a mi casa es porque... porque lo comprendió todo... Y Hagerty supo que Lanham lo comprendería enseguida y que iría a buscarme a mí...

—¿Por qué iba a saber Jason que tenía que buscarte a ti? Ni siquiera te vio cuando cortaste el hilo del teléfono o le estropeaste la emisora...

Algie Fitzsimons había pasado de la palidez a la lividez; sus labios temblaban.

—Entonces..., Jason Lanham lo sabe todo... ¡Todo! ¡Claro! Él debió darse cuenta de que le habían estropeado la emisora antes de que Hagerty y sus hombres llegasen desde Gardenville, después de hacerles yo la seña... Jason Lanham vio estropeada su emisora, lo cual quiere decir que debió salir del *bungalow* poco después de cortar yo el hilo del teléfono. Vio estropeada su emisora y regresó al *bungalow* para telefonar a Zucker, y se dio cuenta de que también el teléfono estaba inutilizado. Entonces fotografió los planos, los quemó luego y se marchó de allí con aquel aparato y las fotos... Pero no tuvo tiempo de marcharse tranquilamente, porque Hagerty llegaba entonces con sus hombres... ¡Claro que ha ocurrido así!

—Algie... Entonces. ¿Jason..., Jason Lanham mató a mi padre? ¿Entró en el taller y lo... lo estranguló?

—¿Quién si no?

—No... no comprendo esto... Creo que soy algo tonta, pero no creo capaz a Jason... ¿Por qué no pudo ser Hagerty o uno de sus hombres quien mató a mi padre?

—¿Crees que tu padre, estando vivo, hubiese permitido a nadie, ni siquiera a Jason, tomar fotos de los planos?

—¡Oh...! —Evangeline parecía a punto de echarse a llorar—. Pero no... no acabo de comprender todos... todos los pasos de Jason... Hizo cosas que no están de acuerdo entre sí... ¿Por qué tenía que ir a ver la emisora y comprobar su funcionamiento, si lo que él quería era matar a mi padre y robarle los planos? ¿Acaso iba a decirles algo a los del FBI que esperaban en Tampa?

—Precisamente: esperaban en Tampa. Esperaban su llamada periódica. Lanham se dio cuenta de que era la hora y fue allá a decir que no había novedad para así tener más tiempo de hacerlo todo... Cuando vio estropeada la emisora, y luego el teléfono, tuvo que trabajar deprisa, porque si lo llamaban a él sus compañeros del FBI desde Tampa, y no contestaba, inmediatamente enviarían más hombres para ver qué había ocurrido.

—No sé... No... No comprendo bien —de pronto, Evangeline se quedó mirando fijamente a Algie—. Algie, tú dejaste a mi padre a merced de Hagerty. ¿No se te ocurrió que él también podía matarlo? Y quizá fue Hagerty, no Jason Lanham...

—Evangeline...

—¿No se te ocurrió pensar que a mi padre lo podía matar Hagerty?

—Escucha, Evangeline...

—¡No me toques! ¡No te acerques a mí!

Algie dejó caer los brazos, como vencido.

—Como quieras. Pero yo te amo, Evangeline; quería ofrecerte más aún de lo que tú creías... Y tu padre no perdería nada, ya tenía mucho dinero, más que yo... No pensé que podía ocurrir esto, y pensaba que tú y yo ...

—No... ¡No!

—Cariño...

—No te acerques, Algie... No podría soportarlo...

—Pero Evangeline...

—Voy a gritar, voy a llamar a Hagerty, o a quien sea...

—No es necesario —musitó Fitzsimons roncamente—. No voy a molestarte, Evangeline.

En el camarote de al lado, que era el que se interponía entre el que ocupaban Víctor Reilley y Jason Lanham, el ocupado por Algie Fitzsimons y Evangeline de Brabander, el hombre que reaccionaba instintivamente cuando le hablaban en ruso, y que decía llamarse Hagerty, detuvo la marcha del magnetófono.

«No cabe duda, Alexis Rastvorov —pensó—, que ese Algie Fitzsimons es un individuo de los más cínicos que has conocido en tu vida. Casi tanto como tú, Alexis..., sólo que éste es tu oficio».

Estaba solo, en aquel camarote que era el que se había reservado para sí. Sus hombres vigilaban las puertas de los otros camarotes, por turnos, mientras Wilkes se encargaba del timón. Todos ellos sabían lo que tenían que hacer.

«Son algo toscos —pensó el hombre que se hacía llamar Hagerty—, pero eficaces. Lástima de muchachos... y lástima de yate. Pero no hay más remedio».

Sacó una pistola y se tumbó en la litera.

Se durmió al instante, con la pistola en la mano derecha.

CAPÍTULO VIII

Debían ser las cinco de la mañana, y todos los ocupantes estaban en cubierta. El sol había hecho su aparición como veinte minutos antes, y el día estival prometía ser claro y lógicamente caluroso.

Desde la borda del yate se veía la costa, y unas ciento y pico de yardas tierras adentro, el *bungalow* en el cual había estado trabajando Francis de Brabander.

El motor del yate estaba parado.

Hagerty se asomó a la borda.

—Muy bien, Lanham; hay ya la suficiente claridad. Baje a buscar eso.

—De acuerdo.

Jason tiró el cigarrillo que había estado fumando al mar. Se puso en pie, y se bajó la lente monocular. Tanto él como Plonk estaban equipados para la inmersión. Se habían equipado ya hacia las tres y media de la madrugada, cuando el yate aún navegaba lejos de aquel lugar, en una singladura ondulada, desconcertante.

Plonk también se bajó la lente, y cogió el fusil submarino, cuya punta brillaba bajo los rayos todavía casi horizontales del sol. Los dos se pusieron la boquilla en la boca, y Plonk se subió a la borda. Él iba a saltar primero, para vigilar a Lanham apenas éste cayese al agua.

Saltó.

Jason subió a la borda y desde allí miró a Victor Reiley. El

g-man

no estaba bien. Era una herida de poca importancia la suya, pero había perdido demasiada sangre en su intento de llevar aquel asunto hasta el final por sí mismo. Captó la mirada de Jason, pero al saberse mirado por éste desvió la vista hacia otro lado, despreciativamente.

Jason saltó, sujetándose los lentes. El agua del mar pareció abrasar sus cortados labios.

Apenas ascendieron las burbujas, vio a Plonk a unos doce pies de distancia, con el fusil submarino orientado hacia él. Jason le hizo

señas de profundidad, y Plonk asintió.

Los dos hombres iniciaron el descenso; Jason siempre por delante de Plonk, su espalda a merced del arpón. Durante quince minutos estuvieron nadando en círculo, buscando la esfera, siempre bajo la dirección de Lanham, hasta que captaron el brillo de algo en el fondo.

Jason se volvió y señaló a Plonk el objeto esférico que producía el brillo. Los dos estaban a unas doscientas yardas de la costa. Había rocas y estrechas cortadas que todavía estaban en sombras. La flora acuática se mecía suavemente, como en una casi imperceptible ondulación hacia la superficie.

Plonk se acercó más a Jason y, por tanto, a la esfera. Estaba a unos quince pies más al fondo, al borde de una de las cortadas cuyo fondo aún estaba oscuro. Plonk le hizo señas a Jason para que bajara a buscar la esfera, y Jason asintió con la cabeza. Volvió de nuevo la espalda a Plonk, y se dispuso a descender aquellas cinco yardas complementarias.

Apenas había descendido media docena de pies, cuando se volvió, rápidamente, como sobresaltado por un pensamiento.

¡Shookkk...!

Vio venir el arpón y quiso esquivarlo, pero el largo dardo se clavó violentamente en su cuerpo, atravesando fácilmente el traje de goma especial y la carne. La boquilla saltó de la boca de Jason Lanham, que dio una vuelta hacia atrás y se precipitó por la cortada, hundiéndose en la sombra, hacia el más profundo fondo...

Plonk vio la sangre ascendiendo a la superficie, y, durante un par de segundos, a Jason Lanham, con el arpón clavado en un costado; la boquilla soltaba el aire, agitándose como un pequeño reptil.

Jason Lanham desapareció.

Se hundió, llevándose el arpón clavado, y con él, por medio del cable, el fusil abandonado por Plonk tras el certero disparo.

Luego, Plonk recogió la esfera y regresó a la superficie.

Cuando apareció en ésta; tras los minutos convenientes de descompresión, Hagerty estaba asomado a la borda.

—Buen trabajo, Plonk... ¿Y Lanham?

Plonk señaló el fondo, con el pulgar invertido.

—Estupendo... Te echaré la escala.

Lanzó por el costado del yate la escala de cuerda con travesaños de

aluminio. Plonk tuvo que realizar un esfuerzo considerable para subir por la escala con la esfera. Cuando estaba cerca de la borda, Hagerty se hizo con la esfera y la dejó en cubierta. Plonk continuó subiendo y, cuando ya su cabeza sobrepasaba el nivel de la borda, abrió mucho los ojos...

—Pero...

Hagerty le disparó a bocajarro. La bala se clavó en la frente de Plonk, empujándolo. De todos modos, sus ya yertas manos habían soltado la escala... Plonk se precipitó hacia el agua, ya muerto, mientras Hagerty, sabedor de que su disparo había sido inevitablemente certero, se volvía a toda prisa hacia el resto de sus hombres, que ni siquiera se recobraron de su estupefacción cuando él les amenazó:

—Quietos los cuatro... ¡Aparta la mano de ahí, Spillner!

Pero mientras decía esto, disparaba por segunda vez. Spillner recibió el balazo en pleno corazón; saltó hacia atrás y rodó por la cubierta.

Los otros tres se inmovilizaron completamente.

—Señor Hagerty...

—Cállate, Wilkes... Vuestro trabajo ha terminado, de modo que también ha terminado vuestra vida. No puedo arriesgarme a que vayáis por ahí y que cualquier día, en cualquier ocasión, pudieseis reconocerme... Fitzsimons: quíteles las pistolas, por detrás. ¡Vamos, hágalo! Usted, señorita De Brabander, colóquese junto al agente del FBI.

Evangeline obedeció, y Fitzsimons se hizo con las pistolas de los tres hombres de Hagerty que quedaban vivos.

—No tenga ningún tonto pensamiento, Fitzsimons —advirtió Hagerty—: tire ahora mismo esas pistolas al mar.

Algie obedeció.

—Muy bien. Ahora amárreme bien a estos tres tontos. Allá tiene cuerdas.

Gust, Rogers y Wilkes fueron amarrados por Fitzsimons.

Víctor, que miraba irónicamente la escena, preguntó:

—¿Y Jason Lanham?

Hagerty sonrió.

—Abajo. Plonk lo ha matado con el arpón... Fitzsimons, colóquese junto a su prometida y el federal... Eso es.

Se acercó a Rogers, Gust y Wilkes, y echó un vistazo a las ligaduras.
—Muy bien... ¿No tiene nada que decir sobre la muerte de su compañero, Reilley?

—Ha tenido lo que merecía.

—¿Lo que merecía? ¿Por qué?

—Por traidor.

Hagerty soltó una risita sarcástica.

—Oh, por favor, ya no es necesario el engaño, Reilley...

—¿Qué engaño?

—Vamos, vamos... Yo no los he menospreciado a ustedes, los del FBI, en ningún momento: ¿por qué han de menospreciarme ustedes?

—Que me maten si lo entiendo...

—¡Todo llegará! —rió Hagerty—. ¿Está intentando hacerme creer que usted no le seguía el juego a su compañero?

—¿Se refiere a Jason Lanham?

—¡Claro!

—¿Qué... qué juego era el suyo?

—¿De veras quiere que se lo explique? Muy bien: Lanham sabía que había un micrófono en el camarote donde los encerré a los dos. En el tiempo que usted tardó en recobrar el conocimiento, él lo debió descubrir. Muy listo... Sí, Reilley, su compañero era muy listo. Sabía que yo estaba escuchando, y por eso aceptó sus palabras respecto a que él era un traidor, y dijo toda aquella sarta de mentiras.

—Usted está loco, Hagerty.

—Es posible, Reilley. Pero dígame: ¿aún no ha comprendido que Jason Lanham ha sido fiel en todo momento al FBI? ¿Por qué cree si no, que llamó a su Delegación desde la quinta de Fitzsimons? Por suerte, usted llegó antes, y me hizo comprender que sus compañeros no tardarían en llegar. Tuve tiempo de marcharme.

—Pero a Jason le habían ofrecido quinientos mil dólares...

—Oh, cállese ya... ¿No le he dicho que no es cierto? Lanham descubrió que le habían estropeado la emisora, y se alertó. Quiso llamar por teléfono, y comprendió que estaba en una trampa... Para complicarme todo el asunto, su compañero descubrió todo eso antes de que yo llegase al *bungalow*. Cuando usted llegó, le estábamos buscando a él. Había tomado las fotos de los diseños y se había llevado esto —golpeó la esfera—. Nosotros le dejamos hacer a usted

unos minutos, por si nos daba alguna pista, pero comprendimos que no sería así. No teníamos nada: ni planos ni esto. Usted se nos escapó y Lanham también, pero yo comprendí que Lanham había escapado por mar, y que, por lo tanto, tardaría en llegar a la quinta de Fitzsimons.

—¿Por qué tenía que ir allá?

—Porque sabía que Algie Fitzsimons era la clave de todo. Lanham lo comprendió cuando, después de ver estropeada la emisora y el teléfono, entró en el taller de De Brabander y lo encontró muerto.

—¡Qué dice...! ¡A De Brabander lo mató Jason Lanham!

—Que no, hombre, que no —sonrió burlonamente Hagerty—: Lanham encontró muerto a De Brabander.

—No es posible... Nadie pudo matar a De Brabander estando Jason allí...

Algie Fitzsimons adelantó un paso, tembloroso, pálido.

—¡Cállese, Hagerty, cálese...!

—¿Quiere su parte, Fitzsimons? ¿Quiere su millón de dólares?

—¡Quiero que se calle!

—No va a poder ser. Escuche cómo sucedieron las cosas de acuerdo a mi plan, Reilley:

Algie Fitzsimons entró en el taller de Francis de Brabander, y lo estranguló...

—¡No! —chilló Fitzsimons—. ¡Es mentira! ¡Evangeline, es mentira, no le creas ni una...!

La pistola de Hagerty entró de nuevo en acción, por dos veces en esta ocasión. Fitzsimons se llevó las manos al pecho, en el que se vio enseguida el escandaloso manchón rojo de la sangre. Cayó de rodillas, y una de sus manos se adelantó hacia Evangeline, que saltó a un lado, horrorizada.

—No... No...

Algie Fitzsimons pareció quebrarse, desarticularse. Cayó de cara en la cubierta, extrañamente retorcido.

—Como le decía, Reilley —prosiguió tranquilamente Hagerty—, fue Fitzsimons quien mató a De Brabander. Entró, lo estranguló, y salió despidiéndose como si el hombre aún estuviese vivo. Luego siguió mi plan con exactitud, debió decirle a Lanham que nadie debía molestar a De Brabander en una hora. Era tiempo sobrado para que yo llegase al *bungalow* y matase a Jason Lanham. Y como De

Brabander ya estaría muerto, no tendría tiempo de destruir nada..., es decir, no podría hacerlo, claro.

—Pe... pero Jason... Jason Lanham...

—Él debía estar preparando la cena para sí mismo y De Brabander. Calculo que de pronto recordó que era la hora de ponerse en contacto con su Delegación, y fue a la emisora. Pero ya Fitzsimons la había estropeado, y también el teléfono. Lanham comprendió que algo iba a ocurrir enseguida. Tomó las fotos de los planos, quemó éstos, y se marchó con las micro fotos y este artefacto..., justo cuando llegábamos nosotros. Lo demás ya lo sabe, Reilley. ¿No va a admitir ahora la verdad?

—¿Jason jamás... jamás ha sido un traidor...?

—Claro que no.

—Entonces, debió presentarse en la Delegación...

—Fue más listo y más rápido que todo eso, Reilley. Como él sabía que Algie Fitzsimons era la única persona que podía haber matado a De Brabander, fue a buscarlo a su quinta. No con la esperanza de encontrarlo a él allá, pues sabía que estaba por ahí con la señorita De Brabander, sino con la esperanza de encontrarme a mí, al inevitable cómplice de Fitzsimons, que iría a pedirle explicaciones... Y me encontró. Sólo que tuvo mala suerte. Incluso en lo de que, después de llamar él a la Delegación, fuese usted sólo quien se presentase, Reilley.

—Dios mío... Dios... —Victor tenía el rostro desencajado; de pronto, su mirada se animó—. ¡Un momento! ¡Todo eso es falso, Hagerty!

—¿Sí? ¿Por qué?

—¡Porque Jason Lanham disparó contra mí! ¿Lo ha olvidado?

—Amigo Reilley: Lanham disparó contra el hombre que le esperaba a usted en su coche, y al cual tuvimos que tirar a un pantano luego, bien lastrado.

—Por el cielo...

—¿Satisfecho?

—Espere... Jason continuó disparando después de matar a aquel hombre. Y disparó contra mí: esta herida se la debo a él.

—Bueno..., eso es lo único que no comprendo de todo el asunto, Reilley. Si Lanham no hubiese descubierto el micrófono, seguramente le habría dicho la verdad sobre eso.

—Jason tiene... que ser un traidor... ¡Tiene que serlo! Porque si no —la voz de Reilley bajó de tono—, porque si no lo ha sido, jamás me perdonaré a mí mismo cómo lo he tratado, lo que le dije, lo que... ¡Tiene que ser un traidor!

—Si quiere convencerse a sí mismo, Reilley, allá usted. Y ahora, muévanse hacia la rueda del timón. Voy a tener que manejar yo mismo el yate, y quiero tenerlos cerca, bien a la vista.

—¿Adónde nos lleva?

—Bueno, se lo voy a decir: vamos a ir en dirección a Cuba... Tengo buenos amigos allá, que me pondrán a salvo con este artefacto y los planos que contiene... Lanham tuvo que decir dónde estaban: era su única oportunidad de prolongar su vida, de intentar algo en el último momento... Un gran tipo su amigo, Reilley.

—¿Nos va a llevar a Cuba a nosotros?

—Oh, no... Cerca de cierta bahía, al anochecer, yo saltaré al mar, con un equipo como el que he proporcionado a Lanham y a Plonk. Los dejaré a ustedes aquí, y yo nadaré hacia la bahía.

—¿Nos dejará vivos?

—Pues... sí, porque el yate saltará en pedazos quince minutos después de saltar yo de él. Me ahorro unos cuantos disparos... ¿Qué es eso? —Hagerty se había sobresaltado, mirando hacia el Norte, hacia Tampa—. Se está acercando una lancha...

En efecto.

Una lancha comenzaba a verse, a la máxima distancia. Era fácil calcular que iba a toda velocidad, y que se dirigía hacia aquella parte de la playa. Hagerty pareció indeciso durante un par de segundos.

Tomó su resolución.

—Reilley: si esa lancha viene hacia nosotros, usted y la señorita De Brabander van a morir. Todos... Si esa lancha está llena de hombres del FBI, yo no tendré escapatoria, pero ustedes morirán... Rece por que pase de largo. Recen todos; sólo si esa lancha pasa de largo vivirán ustedes unas horas más...

No se oyó ningún rezo.

Rogers, Wilkes y Gust, este último con un ojo tapado, después de haber sido atendido rápidamente tras haberle metido Víctor un dedo durante la pelea en el *bungalow*, miraban en silencio, con hosca fijeza, al hombre que los había contratado un mes antes, que

les había estado pagando espléndidamente por pasear en coche arriba y abajo, de Tampa a los *swamps* y de los *swamps* a Tampa..., y que ahora quería matarlos, como había matado ya a Spillner y a Plonk.

Victor Reilley ni siquiera podía pensar. Estaba completamente deprimido, entristecido como nunca. Evangeline de Brabander miraba de unos a otros como si no comprendiese nada. Había un gesto de estupor en su rostro, de desconcierto total...

Pasó un minuto.

Hagerty suspiró.

—Lo siento: vienen hacia aquí, o sea, que... —Movi6 la pistola hacia Evangeline—. Las damas primero...

¡Shookkk...!

Hagerty se curvó violentamente, soltando la pistola, que resbaló hacia donde estaban Victor y Evangeline. Se volvió hacia la borda de estribor, y entonces Reilley y la muchacha pudieron ver el arpón, profundamente clavado en la espalda de Hagerty... Pero también estaban viendo a Jason Lanham, pálido como un cadáver, haciendo esfuerzos por subir a bordo, con los codos apoyados en la borda y el fusil submarino en sus manos.

Hagerty dio un par de pasos, antes, de caer, cerca de la borda.

Jason Lanham consiguió subir. Tenía un costado completamente ensangrentado, y parecía a punto de caer de un momento a otro. Víctor, que se había apresurado a recoger la pistola de Hagerty, chilló:

—¡Jason, espera, voy a ayudarte...!

Comenzó a arrastrarse hacia allá, pero no llegó a tiempo. El palidísimo rostro de Lanham se distendió levemente en lo que quería ser una sonrisa, un instante antes de rodar por la cubierta.

—¡Ayúdele! —le gritó Reilley a Evangeline—. ¿Qué es lo que está esperando? ¡Maldita pierna, pata de palo...!

Se hubiese golpeado su propia pierna de no comprender que iba a ser peor, lógicamente. Continuó arrastrándose, hasta llegar junto a Jason.

Evangeline ya estaba inclinada sobre el

g-man

.

—Está muerto —susurró.

Reilley puso una mano sobre el corazón de Jason, abriendo el traje de goma.

—¡Qué ha de estar muerto...! ¡Vaya a buscar vendas, gasas, sábanas, *whisky*...! ¡Corra!

Pat-pat-pat-pa...

Victor se agarró a la borda y se incorporó. No podía confundirla con ninguna otra: era la lancha de los Adams. Y en la proa, la dulce Polly, Melchia Zucker, Alan Stommel, Preston Keyes...

Todos bien armados.

—Guarden eso —masculló agriamente Victor—: Jason ya lo ha arreglado todo... ¿Cómo diablos nos han encontrado?

La lancha se detuvo junto al yate. La primera persona en subir a éste fue Polly Adams, que se abalanzó hacia Jason Lanham. Melchia Zucker fue el segundo, y mientras se disponía a atender a Victor, hizo una seña a sus hombres, que se hicieron cargo de Gust, Wilkes y Rogers y se distribuyeron por el yate.

Zucker señaló a Polly.

—La chica nos llamó por teléfono. Dijo que había llevado a Jason al 680 de Coconut Drive, que luego unos hombres lo llevaron en coche al muelle, que vio llegar a Algie Fitzsimons y a Evangeline de Brabander, que el yate donde entraron todos se hizo a la mar... ¡Demonios, llevamos toda la noche buscándoos...!

* * *

Habían oído todos lo grabado en la cintas por el fallecido Hagerty, y las explicaciones se habían sucedido hasta dejarlo todo aclarado. El yate estaba llegando a Tampa, con la lancha de los Adams por delante. Polly Adams, empero, iba en el yate, en el camarote donde habían acondicionado a Jason Lanham, pendiente de éste, que continuaba desvanecido y muy pálido... Había engañado a Plonk haciéndole creer que lo había matado, pero, realmente, la herida, y luego el esfuerzo realizado para llegar al yate, lo habían vencido al fin.

—Bien —suspiró Melchia Zucker—, creo que ahora puedo decirte de qué eran esos planos, Victor. Es muy sencillo: dado que los rusos no admiten la vigilancia atómica, mutua, incluso después de firmado el Pacto de Prohibición de Pruebas, nuestro Gobierno ha

pensado que puede haber falsedad en ese pacto. Y hemos decidido vigilar todo el territorio ruso.

—¿Vigilar... qué?

—Todo el territorio ruso. Cualquier explosión atómica será detectada por nosotros, que descubriríamos la hipocresía rusa.

—Pero si esas explosiones las llevan a cabo en el centro de Siberia, jamás podremos enterarnos. No hay ningún detector lo suficientemente potente...

—Eso era antes —sonrió Zucker—. De Brabander consiguió, según parece muy poco antes de morir, lo que se le había encargado: un detector especial, capaz de captar señales de explosiones atómicas desde treinta millas de altura.

—¡Pero ninguno de nuestros aparatos puede volar a esa altura! ¡De poco va a servir un detector tan potente si...!

—Cálmate. Tú sabes que los rusos se han negado a la instalación en su territorio de torres de vigilancia, ni siquiera, como es lógico, aceptando nosotros las mismas instalaciones en nuestros territorios, controladas por ellos. Ellos no admiten vigilancia en su territorio, pero... Bien: ¿pueden impedir que una docena de satélites espaciales pasen por encima de ellos, uno cada dos horas, con órbitas ajustadas..., y que cada uno de esos satélites, que volarían a treinta millas de altura, lleve uno de estos detectores conseguidos por Francis de Brabander?

—Caray...

—Eso es todo, Víctor.

—Un momento... Yo he estado revisando esta esfera, señor, y no he encontrado ningún compartimento para microfilm. Sin esas fotos de los planos...

Y Melchia Zucker puso una bala en las manos del asombrado agente.

—¿Qué es esto?

—La bala que te disparó Jason. Mejor dicho, la única bala que te acertó, en un lugar poco peligroso. Desenróscala.

—¿Que la...?

El inspector recobró la bala y, en efecto, la desenroscó. Una bala muy especial: forrada de plomo, pero, en realidad, era una pequeña cápsula..., del interior de la cual saltó una pequeña tira de película.

—¡El microfilm! —aulló Reilley.

—Así es. Ya lo hemos revelado. Son los planos, Víctor... ¿Tengo que explicarte algo más ahora, muchacho?

—No, señor... Santo Dios, Jason comprendió que si yo le esperaba para ayudarle a escapar nos iban a atrapar a los dos, y por eso me disparó, para alejarme y que me escapase yo...

—... Con el microfilm —acabó Melchia Zucker—. Él lo había colocado en esta bala especial de la que ni siquiera yo tenía noticia que él poseyese. Por eso falló los anteriores disparos, y por eso te acertó con el último. Sabía que te llevarías la bala, que ésta sería estudiada, que tú estarías a salvo con una ligera herida y que sólo nosotros, el FBI, entraríamos en posesión de los planos, que él quemó para evitar que nadie más pudiese verlos.

—Dios mío, Jason me va a despellejar en cuanto se ponga bien. ¡Yo le he estado llamando el gran traidor...!

ESTE ES EL FINAL

Jason Lanham miraba sonriente a Víctor y a Felice Reilley, los simpáticos esposos amigos suyos.

—Me basta con que sigamos siendo amigos, Vic.

—¡Amigos! Jason, escucha, no vuelvas a llamarme Vic Jamás... Llámame El Gran Estúpido.

Felice y Jason se echaron a reír.

—Tómatelo con calma —aconsejó Jason—. Si tú me hubieses disparado a mí, yo habría pensando lo mismo. Debí decirte hace tiempo que tenía tal tipo de bala, Vic.

—Gran Estúpido —corrigió Vic con un gruñido—: eso es lo que soy yo por...

Se oyó una llamada a la puerta de la habitación de la clínica.

—Pase —dijo Jason.

Se abrió la puerta, y Polly Adams quedó quieta allí, un poco como abochornada. Llevaba un lindo vestido azul, cortito y ligero, y estaba más bonita que nunca. Tenía un ramo de flores en las manos.

—Bueno, ¿qué espera para pasar? —refunfuñó Jason.

Ella entró, miró a los Reilley y les dirigió una rápida sonrisa.

—Ho... hola...

—Hola, Polly —rió Víctor—. Oh, ahora que recuerdo, Felice y yo tenemos un millón de cosas que hacer, ¿no es cierto, Felice?

—Oh, sí, Vic, un millón de cosas.

Quedaron solos Jason y Polly. La muchacha dejó las flores a los pies de la cama.

—¿Cómo... cómo está, señor Lanham?

Jason movió la cabeza incrédulamente.

—Jamás vi chica más tozuda que tú, Polly. Bueno, ven acá. Te dije que cada cosa a su tiempo, y creo que éste es tiempo de que nos besemos ya...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...

Notas

[1] Los swamps son los terrenos de la Florida cubiertos por pantanos no necesariamente de arenas movedizas, sino de agua y altas hierbas; estas últimas obligan a utilizar lanchas de fondo plano para navegar con ciertas garantías por los mencionados swamps. (Nota del Editor). < <